

Asociación
Católica
de
Propagandistas

Fundación
Universitaria
San Pablo
C.E.U.

SANTIAGO DE COMPOSTELA
19-20 agosto 1989

Boletín



BOLETIN INFORMATIVO

de la Asociación Católica de Propagandistas y de la Fundación Universitaria San Pablo-C.E.U.



Boletín

Director:
Juan Luis de Simón Tobalina.

Consejo de Redacción:
Begoña Echevarría Llombart.
Carlos Fernández Romero.
Elena Moreno Salamanca.
M.ª Dolores Vázquez García.
Pablo Martín Martín.
Rafael Gil Colomer.

Colaboran:
Mariela Guzmán de Lázaro Mateos,
Gustavo Susanna Larrauri, Pedro
González Ortega, José Luis Madejón Aparicio, Pepe Isidro Santana,
Arturo, Pilar Martín, Miguel Domínguez Casado, Teresa Mazón, Ricardo Rodríguez Rodrigo, Belén Díaz de Rabago Mazón, Gilberto Teixé, María Amalia Mato, Eduardo Muñoz de Dios, Lydia Navarro Villanua, Noemí González P. de Villar, Ana Sorli Valera, M.ª Luisa Landa Alonso, Mayte Cuañal Argüello, Javier Legarcegui Ibáñez, Amelia Aparicio Guerrero, Gema Tobar, Susana Claudia Canals de Corral, Daniel Escoda Vilacorta. Juan Lario. Carlos Díaz.

Diagramación:
Begoña Echevarría Llombart.

Fotografía:
Manuel Madejón Aparicio, Gaëlle Espeso Corvest, Toffi, Pablo Martín Martín, Begoña Echevarría Llombart.

Dibujos:
Carlos Fernández Romero
Gaëlle Corvest

Redacción y Administración:
Isaac Peral, 58-28040 MADRID.
Teléf. 253-72.17.

Depósito Legal: M.:244-1958.

Imprime:
Gr. LORMO-Isabel Méndez, 15.
Teléf. 430 05 26
28038 MADRID.



**El CEU con
Helder Cámara**
(págs. 12-13)

**El servicio de
los V.A.S.**
(págs. 16-17)



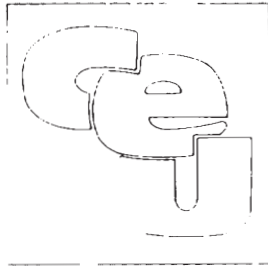
**Instantáneas
de un
encuentro**
(págs. 20-25)

**La Figura del
Peregrino**
(págs. 10-11)



OTROS TEMAS:

- Anecdario (págs. 8-9)
- Misa del CEU (págs. 14-15)
- El Foro Internacional de la Juventud (pág. 26)
- Arquitectura de Santiago (págs. 28-29)
- Misiones en la India (págs. 30-31)
- Vivencias (págs. 36-37)
- Reflexión sobre el encuentro (pág. 38)
- Ser Peregrino (pág. 39)
- Próxima Jornada Mundial de la Juventud (pág. 40)



APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO 1989-1990



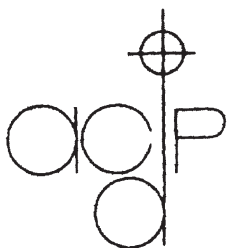
vive, y para tener un sitio en un complejo mundo que permita vivir consciente y auténticamente. No hay espectáculo más triste que el ser humano flotando en el espacio vital, sin control, engañándose con artificios y pseudocnocimientos, sujeto a todas las manipulaciones imaginables. Si la Universidad no asume esta tarea de transmitir Cultura, podemos tener la absoluta certeza que no habrá institución alguna que se ocupe de ello.

Parece coherente que la Universidad se preocupe de ofrecer al hombre medio las enseñanzas que le permitan vivir con «sentido». Y parece coherente que la Universidad se preocupe de ofrecer , además, al hombre medio las enseñanzas que le permitan vivir con «libertad». Libertad que se va perdiendo en proporción al grado de manipulación de la que somos objeto cada uno de nosotros.»

*Palabras del Presidente de la Fundación,
D. Alfonso Ibáñez de Aldecoa*



«En su proyecto de emancipación el C.E.U. contempla su futuro universitario sobre las claves de la prioridad de la ética sobre la técnica, del primado de la persona sobre las cosas y de la superioridad del espíritu sobre la materia. Aspira a una Universidad en la que los aspectos profesionales y científicos se ordenen y desarrollen con el mayor rigor y con las adecuadas exigencias para pretender resultados serios y eficaces. Pero además y sobre todo, aspira a una Universidad en la que haya transmisión de la Cultura; Cultura con mayúscula. Formar hombres cultos, transmitir y elaborar la cultura, como «sistema de ideas vivas que cada tiempo posee» en expresión de Ortega. Se dice con bastante generalidad y frecuencia que atravesamos una época de enorme incultura, no obstante ciertas apariencias, porque nunca el hombre medio ha estado tan por debajo de su propio tiempo. Y lo que es peor, cada día es posible, que aumente su incultura, su alejamiento del mundo en que vive, porque cada vez le conoce menos, a pesar de que aumente su sabiduría científica y de que aumente su capacidad profesional. No se tiene cultura, no se es persona culta, cuando se desconoce la imagen física del mundo, la estructura y funcionamiento de la vida orgánica y social y el proceso histórico del ser humano. No se es persona culta cuando se adolece de los conocimientos imprescindibles para comprender la naturaleza, la vida y la sociedad a la altura de los tiempos en que se



MIGUEL BENZO MESTRE

Parece que don Miguel quiso aprovechar presuroso los primeros días de las vacaciones —era el 2 de agosto— para un viaje muchas veces deseado y definitivo. De él escribió lúcidamente Olegario González de Cardedal:

«Cuando un amigo se va por el camino final de todos, la memoria fiel nos hace soltar aquellas que fueron sus palabras de vida, las pocas y decisivas esperanzas para las que cada uno de los mortales vivimos, queriendo anticipar su contenido ya en este mundo...»

Y Alfonso Ibáñez de Aldecoa, Presidente de la ACdP:

«...Durante dieciocho años prestó servicios a la Asociación y al CEU, que merecen ser reconocidos de todo corazón. Se nos ha ido un gran teólogo y universitario, y sobre todo una magnífica persona y buen amigo. Con toda la fuerza del sentimiento sincero, del agradecimiento profundo y de la amistad fraterna elevemos nuestras oraciones al Señor en demanda de su eterno descanso.»

El 19 de octubre se celebró en su memoria una sesión necrológica —emocionada, denso, ilustrado y conmovedor recuerdo—, en la que intervinieron Olegario González de Cardedal (profesor de la Universidad Pontificia de Sa-

lamanca), Conchita Llaguno (colaboradora de don Miguel en la Acción Católica), Antonio Lago (Comunidades de fe), José María Goizueta (alumno de Miguel Benzo), Abelardo Algora Marco (director general de la Fundación Universitaria San Pablo CEU) y Mons. Miguel Roca (arzobispo de Valencia, compañero de estudios de M. Benzo).

Ha dejado escrito Miguel Benzo en sus memorias:

«Creo que, con todas sus variaciones, mi religiosidad a lo largo de mi existencia ha estado marcada por siete notas, no queridas por mí, sino dadas por mi psiquismo y las circunstancias de mi vida: un fuerte sentido del misterio del ser; una incapacidad para encontrar un símbolo de Dios que me satisficiera aun mínimamente; un deslumbramiento ante la humanidad del Jesús del Evangelio; una preocupación central por la naturaleza y destino del hombre; una escasa sensibilidad para la culpa y sus secuelas penitenciales; un interés relativamente reducido por los temas eclesiales y litúrgicos; un permanente escándalo, que he sido incapaz de superar, ante el sufrimiento humano. Examinémoslas.

Creo que siempre, mucho antes de saberlo formular, he sentido el asombro ante el ser. Que haya ser, en vez de nada; y que el ser sea así, y no de otro modo que a la razón le parece igualmente posible, es la admiración que está en la raíz de mis fascinaciones infantiles ante la naturaleza. Por eso, mucho más adelante, sintonicé de inmediato con el segundo Heidegger, el de la Carta sobre el humanismo, para mí el mejor libro sobre poesía que se haya escrito. "Der Mensch ist nicht der Herr des Seienden. Der Mensch ist der Hirt des Seins." El hombre no es el dueño de lo que existe. El hombre es el pastor del ser. Esas palabras constituyen para mí el máximo enunciado de una concepción poética y religiosa del mundo... que es la mía. Incluso me siento cercano a la famosa página de *La Náusea* en la que Sartre nos pinta la estupefacción de Roquentin ante lo absurdo del castaño que se yergue ante él en el jardín público. Lo que ocurre es que lo que para Sartre es motivo de repugnancia, para mí, como para Heidegger, es la esencia misma de la vivencia estética. Y esa fue también mi experiencia radical en el viaje a la India del agosto pasado. Ya sé que los teólogos del hinduismo han dicho que sólo lo absoluto es real. Pero lo que el pueblo experimenta es justamente lo inverso: sólo lo real es absoluto. Montañas y ríos, animales y plantas, hombres y acontecimientos, nacimiento y muerte, sexo y juego, palabras y gestos... todo es sagrado, todo es absoluto. Por eso dicen los hindúes que hay tres millones de dioses. Las privaciones de los ascetas y las infinitas variaciones de lo erótico en los relieves de los templos de Khajuraho, todo es igualmente sagrado. Quizá donde culminó mi interpretación del hinduismo primigenio fue en el supremo santuario nepalí de Pashupatinath: el río sagrado Bagmati con sus empinadas márgenes, cubiertas de espesa vegetación poblada de monos, los cadáveres incinerándose...»

CARTA DE PRESENTACION

Presentación de la gente de Santiago

Nunca ha sido fácil hacer una presentación en público y generalmente se suele acudir a los «curriculum vitae». Esto, en nuestro caso, sería muy difícil de hacer, pues somos unos 130 o más, con diferentes nombres, edades, dedicaciones e incluso aficiones. Mas todos estuvimos unidos en un evento singular, el cual bien puede darnos el nombre: Somos los de Santiago de Compostela. Jóvenes como vuestros hijos e hijas, jóvenes como vosotros, compañeros tan diferentes y tan iguales, pues todos teníamos un punto de coincidencia: nuestra inquietud religiosa, en unos más, en otros menos arraigada, pero nuestra.

La presentación que podría hacer de todos y cada uno sería que con ellos compartí el pan, el vino y juntos, muy juntos, el camino. «Caminate no hay camino, se hace camino al andar», así dijo el poeta,

a lo que nosotros decimos que hoy este camino lo seguimos haciendo juntos.

Y así, venimos a contaros e incluso a regalaros, aquella experiencia que fue Santiago; a través de nuestras propias palabras, cartas, anécdotas y críticas. Y esperamos de todo corazón, en la medida de lo posible, llevaros de la mano por lo que Santiago fue, es y será para nosotros.

Para ello, todos los que estuvimos allí, hemos colaborado con tesón y dedicación para poder traerlo a estas páginas. No es fácil y no sabemos muy bien si en verdad lo hemos conseguido. Pero cuando menos creemos que este intento merecía la pena, pues pensamos y queremos que aquella experiencia vivida en Santiago no se quede allí, sino que siga viva, como así se demuestra en la elaboración de esta revista.

Deja que te contemos una mañana, muy temprano...

Carlos FERNANDEZ ROMERO, «EL PIRATA»





«VOSOTROS SOIS EL CUERPO DE CRISTO Y CADA UNO ES UN MIEMBRO»

(Corintios 12, 12-30)

Santiago de compostela es ahora una ciudad nueva, diferente. Ha sido revestida con un talante jovial. Ha vuelto a sus raíces de ciudad de peregrinaje. Hace poco más de dos meses, cuando estuvimos «viviendo» literalmente en sus calles tantísimos jóvenes estoy segura que los muros, las fachadas, la catedral podían recordar el mismo afán de otros tantos peregrinos que habían llegado hasta ella desde tiempos medievales.

Santiago ha sido ante todo una experiencia: Cada uno, cada ser que llegó hasta la ciudad compostelana iba con sus razones particulares, una historia personal..., todos los porqués eran válidos.

Encontrarnos allí ha supuesto para muchos un cambio radical: nada que ver con el proyecto que conservabas, nada que ver con lo que habías imaginado..., el corazón, de repente, estaba abierto, dispuesto a llenarse con cada conversación, en cada canción, en cada kilómetro ganado al camino.

El esfuerzo para muchos ha sido tremendo. Físico y mental para lograr entregarse con la fuerza y el entusiasmo que el entorno requería.

En el ambiente se respiraba alegría desbordada, entusiasmo, pero hubiera sido muy fácil decir que sólo había esto: la consigna invisible ha sido hacer un alto en nuestra vida de cristianos y mirar a nuestro interior: ¿qué esperas de tu fe? ¿dónde encaja en mi vida el calificativo de «cristiano»?

No estoy tratando de escribir un homenaje al pasado sino de transmitir una idea *viva*: ni siquiera es una idea, es un acto de confianza en el futuro: lograr que mi cristianismo sea vital, vida, ahora y dentro de treinta años.

Lo principal no es hacer muchas cosas o escuchar discursos. Tampoco se trata de recordar nostálgicamente los días de Santiago, 400.000 personas... Fue un gesto irreplicable para los

que tuvimos la suerte de estar allí, pero no va a mover nuestra vida diaria. Lo que la moverá será la intuición que descubrimos en Santiago de que podemos vivir conforme a nuestra fe, creyendo lo que decimos y comportándonos de una forma más humana. Con esta afirmación comienzan los problemas y la diferencia entre la realidad y lo que nuestro corazón aspira a alcanzar: hacía falta, quizá en Santiago, armonizar la exaltación de tantos corazones jóvenes con la serenidad y templanza de obispos y altos cargos. Expresar ese contanto era necesario y si la mayor expresión pública de nuestra fe es la Eucaristía, hubiéramos querido mayor participación y acercamiento.

Las liturgias contrastaban con el contexto global, las misas «del peregrino» eran cánticos de alabanza solemnes y de gran belleza formal pero que chocaban con el ímpetu y la frescura de los que participaban. Suponían un auténtico corte, como si existieran dos celebraciones paralelas: la de los jóvenes y la de la aristocracia eclesial. ¡No me resigno a creer que son dos mundos que jamás podrán encontrarse!

La Iglesia debe impulsar espacios libres y variados entre sí, que tengan cabida todos los miembros dentro del cuerpo, como dice San Pablo.

Dar gracias a Dios en una Eucaristía es siempre un hecho que topa con la Divinidad; las formas de ejecutarlo son todas válidas, sólo se trata de lograr en cada momento la más apropiada y la que mejor nos haga sintonizar con Su Palabra.

Busquemos una armonía en torno a nosotros: que cada acción pueda ayudarnos a ser más uno mismo, que Cristo no se convierta en una cuestión privada, personal, que se despacha con un rato en la Iglesia y hasta la semana siguiente.

Si hacemos una crítica a las altas

esferas, a la organización de las liturgias en Santiago, es porque creemos que se estaba perdiendo una ocasión única para desterrar viejos «clichés».

— «Es que la misa no me dice nada...».

— «Es que es una mera repetición de formalismos...».

Iglesia somos todos y podemos comentar aspectos que nos disgustan desde dentro, precisamente porque son secundarios, pero no por ello desechables: debemos darnos cuenta de la tarea que El confía y que Juan Pablo II nos ha encomendado. Esto es lo esencial. Y luego, lograr estar en consecuencia con obispos, cardenales, es cuestión de generosidad muchas veces:

— que ellos se den cuenta de nuestras necesidades, distintas del gregoriano o de la liturgia extensa y repetitiva;

— que nosotros, jóvenes, sepamos apreciar la delicadeza y superación de estos cantos, por ejemplo, ofrecidos a Dios en forma de alabanza.

La Iglesia es universal y no es excusa retirarse de ella porque sus rasgos externos no son los que tú elegirías. Es más noble tratar de promover celebraciones que reflejen nuestra actitud. Pero hacerlo nosotros, jóvenes, y no echar las culpas a otros.

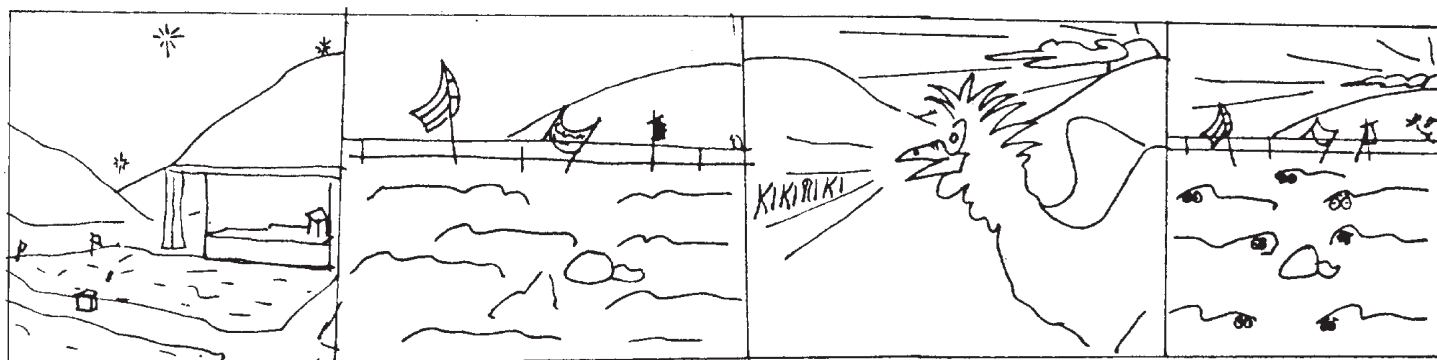
El verdadero problema ahora es lograr tener el corazón tan receptivo y alegre como en Santiago:

— Receptivo para estar atentos a nuestro alrededor y saber escoger con inteligencia entre lo que nos hace más humanos, más personas y lo que sólo va a entretener nuestro conformismo y mediocridad.

— Alegres para poder comunicar que cada vida humana es trascendente, que Alguien la ha salvado y que mereció la felicidad.

Mariela GUZMAN
DE LAZARO MATEOS

Anecdotalario



A la hora de escribir este anecdotalario no se si me va a ocupar tres líneas o cuatro folios. Lo que sí sé es que en cualquiera de los casos no contaré ni un centésima parte de lo que ocurrió, pero me acuerdo...

—...de la rapidez con que se me pasó la sensación de estar entre desconocidos, por lo cálido del ambiente.

—...de las pintas de Pepe Romeo con mi pajarita de camarero y el gorro de explorador.

—...de la jarra de cerveza que me tomé para desayunar (ese día finalizaba una promesa de no beber alcohol durante dos meses); y de las caras de los presentes por tan peculiar desayuno.

—...de la llegada a Santiago, «yo te llevo la mochila y tú me llevas el saco», para romper el hielo.

—...de la misa de bienvenida a los peregrinos, con un ofertorio realiza-

do por cristianos nada menos que de la India. (¿Quiénes son estos tíos con un cartelito de V.A.S. que no dejan pasar a nadie?)

—...de cómo llovió la primera noche, y del placer que supuso encontrar la tienda de los gofres en mitad de la lluvia.

—...del primer vino de Ribeiro («carrallo, qué viño»).

—...de lo impresionante que es una «pasada» de botafumeiro.

—...de cuando nos encontramos con el profesor de matemáticas, visiblemente nervioso, en el interior de la Catedral, y le dijimos: «hemos venido a rezar por los suspendidos. ¿Y usted? ¿Purgando sus pecados?».

—...del feliz descubrimiento de «Casa Manolo». Eso era comer: catorce primeros platos, veinticuatro segundos platos (a elegir uno de cada), pan, vino y postre.

—...de cuando, el día de la antorchada, llenamos un bus entero para subir al Monte del Gozo, el conductor cerró las puertas, y como todavía quedaban tres por subir, abrimos la puerta de atrás por el «método manual».

—...de cuando nos perdimos buscando la famosa antorchada en el Monte del Gozo. (¿Os acordáis del tío que pasó en la «Mobilette» y Antonio dijo: «Ahí va Sito Pons?»)

—...del guarrazo que se pegó más de uno al final de la antorchada, al entrar en la plaza, con un escalón que no se veía, y del tío del público que los iba contando «con éste hacen doce».

—...de cuando el Papa señaló hacia nosotros y se oía: «ha sido a mí, ha sido a mí». (¿Quién no se hizo ilusiones?).

—...de los churretes que tenía Gaëlle en el monte, que se pasó un pañuelo por la cara y por poco llora de ver el estado en que quedó».

relatos de una peregrinación

—...de cuando el Papa dijo: «menos gritar al Papa y más rezar a María», y Mónica que no quería olvidarse, apuntó: «Menos viva el Papa y más viva la Virgen».

—...del atasco humano que se formó para marcharnos del Monte del Gozo. Para evitarlo hicimos una cadena, por éste orden: Yo, Marta Manzanares, Mónica, Pablo Martín y Fernando Checa. Yo empecé a dar zancadas y con paso militar, y si alguien se ponía en medio yo hacía «bip, bip» y se quitaban. Marta iba prácticamente en volandas, por lo que por poco la descoyuntamos.

—...de lo bien que se portó la gente, que sacaba jarras y mangueras de sus casas para dar de beber a los peregrinos.

—...del detalle de las monjas de tener unos refrescos preparados a la llegada.

—...de lo desilusionados que salíamos de las duchas, ¡qué pena, se me ha ido el «moreno»!

—...de la entrada de Gilberto en la ducha, a la pata coja y moviendo los hombros, cantando «yo tengo un tic, tic, tic...».

—...de las últimas fotos y de la pena que me dio la despedida.

—...de lo bien que se duerme en cama (comentario típico).

Este anecdotario se ha convertido así mismo en otra anécdota: «lo he perdido una vez, otra vez me lo han tirado a la basura, el plazo de entrega pasa dos semanas..., un milagro que lo estés leyendo.

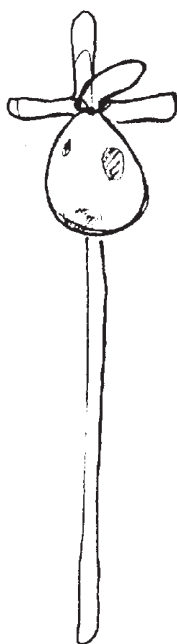
La anécdota es lo superfluo, ¿acaso me he quedado con lo superficial? No lo sé, pero creo que para una visión de conjunto de lo que fue Santiago de Compostela '89, hacen falta también pequeños detalles.

Como final quiero decir que yo sabía que tenía que existir gente tan maravillosa como la que encontré en Santiago, y que el Papa ha hecho de auténtico Pastor reuniéndonos a todos con su presencia.

Gustavo SUSANNA LARRAURI



Los peregrinos



Las peregrinaciones, que durante siglos han volcado millares de visitantes de toda Europa a Santiago de Compostela, han dado vida y fuerza a esta ciudad. El intercambio de cultura ha reportado siempre grandes beneficios.

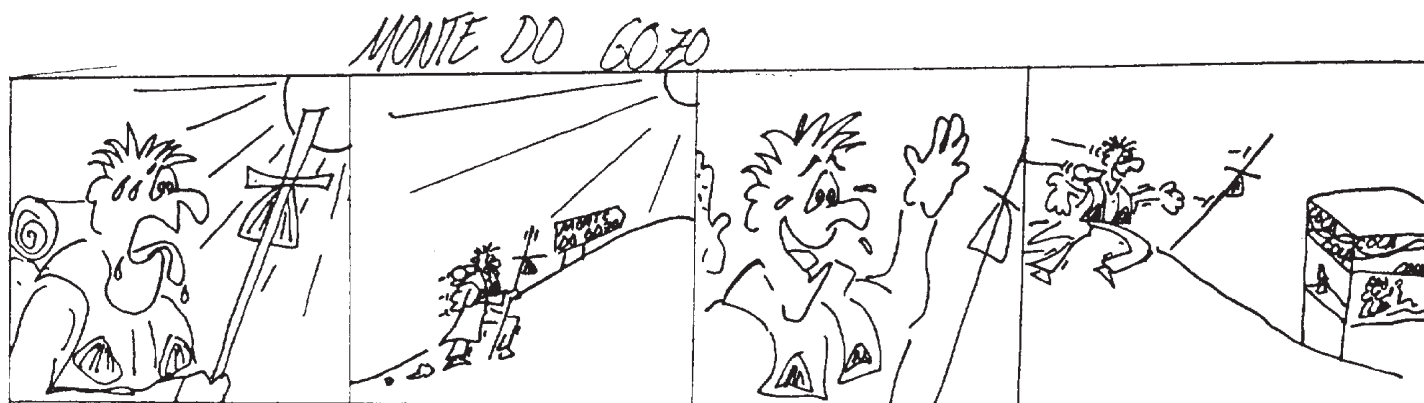
El peregrino habitual de Santiago de Compostela ha sido siempre una persona guiada por la devoción o por el voto a visitar uno de los tres santuarios más importantes del mundo.

No podemos decir lo mismo o solamente lo mismo de los 400.000 jóvenes que fuimos a Santiago de Compostela este agosto pasado. Muchos no peregrinamos, ya que fuimos en los más modernos medios de transporte, y nuestro objetivo no era solamente la devoción hacia un Santo sino que fuimos a escuchar un mensaje clave para nuestra vida y a escuchar la palabra del Papa.

En medio de este rápido mundo que gira a nuestro alrededor, un mundo material y de consumo, un mundo de competencia; en medio de todo eso, fuimos llamados a la reflexión y al encuentro y acudimos.

No éramos auténticos peregrinos, solamente jóvenes despistados por los tiempos en que vivimos; atraídos hasta allí unos por la juerga y el cachondeo que supone tal aglomeración de jóvenes, otros movidos por la curiosidad. Pero, en definitiva, todos llevamos un sentimiento común, una inquietud que nos movió hasta allí, el hecho de encontrarle un sentido último a nuestras vidas. Y eso fue lo que nos dijo su Santidad el Papa, él nos contestó: Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida.

Pedro GONZALEZ ORTEGA



Peregrinos siglo XX



ME pongo a escribir esto porque los directores de la revista me lo han pedido, ya que para llevar a cabo este proyecto, como es lógico, necesitan la colaboración de todos (supongo que ya se estarán arrepintiendo por no haber conocido mis «cualidades periodísticas» antes de pedírmelo).

En fin, que aquí estoy escribiendo, sin saber todavía de lo que voy a hablar. ¡Palabra! (como dijo no sé quién).

El Papa... Santiago... la peregrinación en sillón... ¡Mira!, pues es un buen tema del que hablar: «la peregrinación en sillón»; incluso sirve para ponerle título a esto.

Seguramente mucha gente habrá pensado que una peregrinación es una peregrinación, y como tal, hay que hacerla como se debe, es decir, a pie; y no llegar con todo el morro, subirse en el autobús, echarse a dormir y ¡hala, ya estoy en Santiago! Pues sí, la gente que piensa eso tiene toda la razón.

Sin embargo, voy al diccionario y pone: *Peregrinación: viaje hecho por devoción o respeto a un lugar santo o rico en recuerdos, o para rendir homenaje a una persona célebre.*

Pues yo no veo que aquí se especifique nada sobre el citado tema, o sea, que la gente que pensaba lo que pensaba, que no lo piense, porque pensándolo mejor, la palabra «peregrinación» no implica que el viaje se haga a pie o en sillón, sino todo lo contrario», es decir, que cada uno lo hace como puede y quiere, porque, además, por encima de todo y como todos ya sabíamos de antemano, lo que importa... es lo que importa.



Mi buen amigo Carlos, animador incansable de este número sobre el Encuentro Mundial de Jóvenes en Santiago, me pide una colaboración sobre la presencia y participación en el mismo del obispo brasileño Dom Helder Cámara. Confieso que mi primera reacción fue echar mano de la biografía de turno o de los tópicos eruditos para redactar esta página. Luego pensé que había abundante material, y muy bueno, sobre dicho personaje y que mi comentario tenía que ser desde otra perspectiva.

En concreto, lo primero que llamó mi atención nada más llegar a Compostela fue descubrir su nombre y su figura por casi todas las paredes de la ciudad en una invitación para participar en unas jornadas con él. La gente joven empezó a preguntar quién era y así pudimos ponerles en antecedentes, más que de tipo biográfico, de tipo existencial, diría yo. «Conviene que vayáis a verle y oírle»... «Puede ser una experiencia muy interesante»...

La gente del grupo del CEU venía reflejando en sus comentarios cotidianos, el exceso de frialdad y ritualismo distante de las celebraciones programadas para esos días (sobre todo el acto de bienvenida a los peregrinos del día de la llegada y las misas diarias de peregrinos...). Y podía ser, además, una inflexión notable el encuentro con él dentro de un contexto bastante unilateral, pudiéramos decir, como el que venía presentando la temática y los ponentes de la semana.

El día señalado para la reunión nos dirigimos un buen grupo hacia la Alameda de Santiago, lugar donde, al aire

libre, nos dispusimos al encuentro. De entrada todo resultó como más joven. Me explico, no había ni Aula Magna, ni buenos asientos, ni muchos «uniformes», ni la parafernalia, en el mejor sentido lo digo, que había rodeado otras reuniones de este tipo durante aquellos días. Nos sentamos en el suelo, sobre la arena o el césped de los jardines. Se respiraba un ambiente de expectación y curiosidad, de fiesta al aire libre, de alegría. El kiosco de la música fue el lugar elegido para situar la tribuna desde donde nos iba a hablar. En ningún momento dicho lugar resató cercanía ni intimidación a la presencia de Dom Helder.

Creo que a los jóvenes y adultos que estábamos allí nos dejó electrizados la sola presencia de este hombre de Dios cuando apareció ante nosotros: bastante anciano, con unas impresionantes bolsas bajo los ojos, una sencilla sotana marrón clara y una sonrisa tan cautivadora y contagiosa que nos tuvo prendido el corazón toda la tarde. ¡Merecía la pena haber dejado todo aquellos días para encontrarnos con Jesucristo, Camino Verdad y Vida, a través de la cercanía del Papa Juan Pablo, cómo no, pero también, de monseñor Helder Cámara!

Su charla sobre la injusticia que se vive hoy en el mundo y la responsabilidad que, ante ella, debemos adquirir como creyentes para colaborar a erradicarla, puso el contrapeso de realismo y compromiso que estábamos necesitando, creo yo, al menos en cuanto que siempre se habla o que oímos hablar de estos temas se tiene la impresión de que nada o casi nada, en concreto,

Helder

podemos hacer para remediarlos. Ante las preguntas de los jóvenes, Dom Helder respondió diciendo que, aquí y ahora, estudiando, cumpliendo con los compromisos de aprovechar los medios culturales a nuestro alcance de manera responsable, podíamos luchar contra la injusticia y, más adelante, poner al servicio de los más necesitados todo nuestro potencial liberador.

Yo miraba a mi alrededor, de vez en cuando, y los veía, a todos ellos, atentos, sin pestañar, vibrantes, quizá más que con sus palabras, sobre todo con la fuerza, el cariño, la entrega, la magia que emanaba de su persona. Aquel viejo de ochenta y tantos años aparecía ante nuestros ojos como un niño impetuoso, abrazándonos en un gesto emocionante, o como un joven ardiente cuando con voz potente y emocionada recogía nuestro banderín del CEU y lo besaba, animándonos a seguir en la brecha.

Cuando acabó la ronda de preguntas, alargada repetidas veces pese a que cada una de ellas iba a ser la última, todos queríamos tocarle, mirarle más de cerca, recrearnos en sus más mínimos gestos. Presentíamos estar viviendo una oportunidad única, irreplicable por demás, que merecía la pena aprovechar al máximo. La Eucaristía que cerró el encuentro abrió una profunda esperanza en todos los participantes y a los jóvenes les mostró la realidad de una liturgia viva, creativa, sencilla y cercana, plena de hondura y compromiso.

Mi impresión de aquella jornada fue que la juventud que tuvo la oportunidad de conocer a Helder Cámara en Santiago quedó, no sólo gratamente impresionada por su talla humana y espiritual, sino, sobre todo, dispuesta a hacer que su pensamiento, sus palabras, los planteamientos de este hombre que, en definitiva él recogió en Cristo, no queden sin herederos que los hagan realidad en el mundo de mañana.

Pepe Isidro SANTANA

Cámara

“Sólo hombres de visión planetaria y de corazón universal serán instrumentos útiles para el milagro de ser violentos como los profetas, auténticos como el Cristo, revolucionarios como el Evangelio, mas sin dañar el amor.”

PERFIL: DOM HELDER CAMARA

Un hombre con sotana color crema. Sobre la sotana, lleva una cruz de madera colgada de una cadena de acero. Es un hombrecillo pálido, calvo, y tiene el rostro arrugado, boca fina, nariz diminuta y los ojos cansados del que duerme poco. También tiene el aire inocuo, ingenuo, del párroco de periferia. Pero no es un párroco de periferia ni tampoco es un hombrecillo. Es el hombre más importante que se puede encontrar en Brasil y, tal vez, en toda la América Latina. Y es, acaso, el más inteligente y el más valeroso. Es Dom Helder Cámara, el obispo que desafía a los gobiernos y denuncia las injusticias, los abusos, las infamias que los demás callan.

Nació en Fortaleza, al norte de Brasil, en 1909. Entró muy joven al seminario. La vocación se le manifestó a los ocho años, misteriosa y terca. Desde entonces, jamás concibió otra obligación, para él, que la de sacerdote. Lo fue hacia los 20 años.

Hombre parco, que detesta los anillos y las cruces preciosas y disfruta de los dones al alcance de la mano: el sol, el agua, la gente, la vida, irradia una ternura inmensa. Para él, ser sacerdote no es sólo una elección, es un sistema de vida. Lo que el agua es para un pez, y el cielo para un pájaro. Cree de verdad en Cristo y que Cristo no es una idea abstracta: es un amigo personal.

Hombre polémico. Sus palabras, sus actos, provocan siempre reacción. Denuncia las torturas, lucha por los pobres y por los detenidos políticos, viaja por todo el mundo para reclamar justicia... Algunos le llaman santo. Otros, al contrario, lo acusan de traidor. En cualquier caso, nadie queda indiferente ante su personalidad especial.

Cuando un hombre trabaja en contacto con los sufrimientos, acaba siempre por quedar preñado por el sufrimiento. Quizá por ello, Dom Helder ha hecho de su vida una continua e interminable lucha en favor de la justicia. Sus pilares: el respeto al ser humano y los Evangelios.

Justicia no significa, para Dom Helder, imponer a todos una misma cantidad de bienes y de idéntica manera. Eso sería como si todos tuviesen el mismo rostro y el mismo cuerpo y la misma voz y el mismo cerebro. El cree en el derecho a tener rostros diferentes y cuerpos diferentes y votos diferentes y cerebros diferentes. Para él, Dios no es injusto y, por tanto, Dios quiere que no haya privilegiados y oprimidos, quiere que cada uno reciba lo esencial para vivir, siendo distinto.

Así, el obispo de Brasil entiende por justicia una mejor distribución de los bienes, tanto a escala nacional como internacional. De ahí su denuncia: el ochenta por cien de los recursos del planeta están en manos del veinte por cien de los países, es decir, en manos de las superpotencias. Hoy hay cinco gigantes en el mundo: los dos gigantes capitalistas (EE. UU. y el Mercado Común Europeo), los dos gigantes comunistas (Unión Soviética y China), y el quinto gigante, el de los pies de barro, que es el mundo subdesarrollado, y para el que parece no haber esperanzas.

Es un hombre que, sin hacer uso de la violencia, ha elegido la lucha cueste lo que cueste. Esa lucha que, al menos, permita atisbar cierta esperanza para los más oprimidos, los más pobres.

En Santiago, Dom Helder pidió a la juventud apoyo en esta lucha. Con los brazos levantados al cielo y los dedos tendidos como garras en busca de Dios, este hombrecillo pálido, calvo, y de rostro arrugado, quiso abrazarnos, de forma simbólica, y sellar con nosotros el compromiso en la construcción de un nuevo mundo en el que haya cabida para todos.

Gracias, Dom Helder, por tu presencia, por tus palabras y, sobre todo, por tu ejemplo de una vida entera dedicada a quienes más necesitan. Escucharte ha sido el mejor aliento para tratar, todos nosotros, de que tu obra no quede inconclusa.

Begoña ECHEVARRIA

Sí a Jesús



Intentar resumir en unas líneas la experiencia vivida en Santiago es tarea imposible cuando menos verdaderamente difícil. Durante cinco días quienes allí estuvimos tomamos parte en unos acontecimientos que, como podemos ver, han calado muy hondo en todos nosotros. Fueron muchas las actividades en las que participamos y también fueron muchos los actos a los que asistimos. A buen seguro cada uno recordará con especial emoción algún instante determinado, algún hecho que, por encima de los demás, le recuerde el sentido que tuvieron aquellas Jornadas de la Juventud y aquel encuentro con el Papa.

Personalmente, yo quiero destacar un momento en el que me sentí verdaderamente feliz. Bien es cierto que durante toda nuestra estancia en Santiago la felicidad fue la nota dominante en todos nosotros, pero quizá aquel día perdimos ese miedo, tan común en el mundo actual, a manifestar nuestros sentimientos. Me estoy refirien-

misa del ceu

do al día (el tercero si mal recuerdo) en el que todos los que habíamos viajado a Santiago con el CEU compartimos una preciosa eucaristía en el Colegio donde nos alojábamos.

El lugar escogido para la celebración, dentro del propio edificio de la compañía de María, era una especie de pasadizo formado por grandes piedras de cantería. El ambiente frío y húmedo nos hacía imaginar ese lugar como una de las antiguas catacumbas donde los primeros cristianos celebraban a escondidas la Eucaristía. Inmersos entre aquellos muros era fácil comprender que los comienzos de aquellos cristianos debieron ser muy difíciles y que su fe debió ser muy grande para poder afirmar, sin temor alguno, su amor a Jesús. En cierto modo, ahora nosotros éramos sus herederos y aunque los tiempos habían cambiado, aún hoy seguía siendo difícil seguir firmemente el camino de Cristo. Y, sin embargo, allí estábamos nosotros, queriendo demostrar humildemente que nuestra fe no tenía nada que envidiar a la de aquellas comunidades.

Pronto, a medida que íbamos entrando, el gélido ambiente se fue transformando en una atmósfera de simpatía y comprensión mutua. Realmente en los tres días que habían transcurrido habíamos llegado a formar un grupo compacto y unido y en el que, al contrario que el día del viaje, nadie era un desconocido.

La misa resultó realmente emocionante. Todos participamos espontáneamente en ella, sincerándonos con todos nuestros amigos, reconociendo nuestras muchísimas limitaciones, pero afirmando rotundamente nuestro deseo de llevar a Cristo a nuestras vidas. Creo que cuando, al comienzo del viaje, se hablaba de no olvidar el sentido del mismo y de que éste sería un encuentro con

Jesús, nadie pensaba que este encuentro sería tan directo y tan intenso como así fue. Cuenta el Evangelio que Jesús dijo un día que cuando dos o más personas se reuniesen en Su nombre allí estaría El. Quienes tuvimos la dicha de compartir aquel momento pudimos sentir dentro de nosotros y a nuestro lado una fuerza tremenda, una especie de energía que nos animaba a dejar aparte nuestros odios, nuestros miedos, nuestros rencores y entregarnos por completo al amor, a la entrega incondicional a los demás, a la solidaridad con los necesitados, a lo que al día siguiente Juan Pablo II llamaría la Nueva Evangelización.

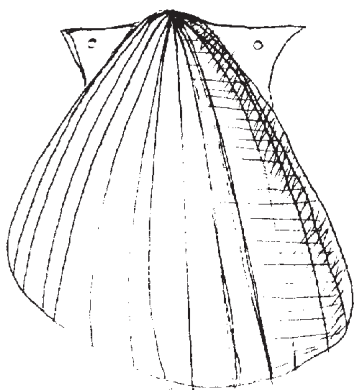
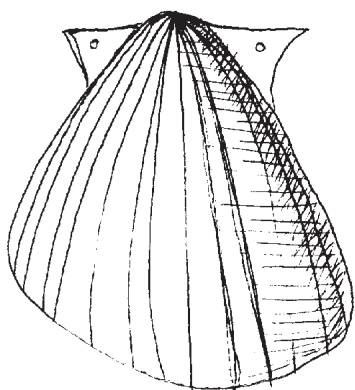
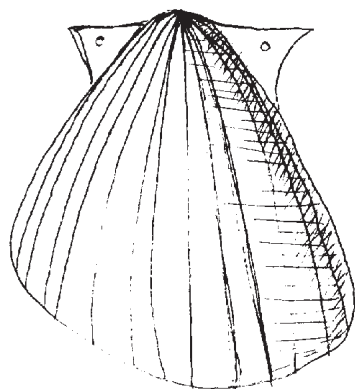
En aquellos instantes todos nos sentimos reconfortados. Por algunos momentos la emoción se embargó de los presentes y de algunos ojos cayeron algunas lágrimas de dicha, de gozo, de felicidad, del que siente que ha

encontrado ese tesoro tan preciado que durante tanto tiempo había añorado y que, hasta ahora, nunca había conseguido.

A punto de finalizar la celebración todos coincidíamos en un punto: de nada serviría el grito de 500.000 jóvenes si luego ese espíritu no se reflejaba en nuestros quehaceres cotidianos. Si todos esos buenos propósitos se quedaban enterrados en Santiago, no habríamos logrado nada. Quizás ahora comenzaba el compromiso más importante. Habíamos sido capaces de ir al encuentro de Jesús. ¿Seríamos capaces de continuar a su lado y comprometernos fielmente con El? Si la respuesta hubiera que tomarla de aquella Eucaristía todos al unísono habríamos contestado un rotundo SI.

Pablo MARTIN





Los V.A.S.

MERECIO LA PENA

Y llegó el mes de agosto. Multitud de veraneantes refrescaban sus cansancios en playas abarrotadas. Era el mes esperado por muchos para poder disfrutar de sus bien merecidas vacaciones. Pero era también el momento de iniciar una intensa e inolvidable vivencia, por parte de unos cuantos jóvenes españoles.

De repente, el día 4 de agosto, todas las ilusiones confluían en un punto: Santiago de Compostela. En concreto, en el seminario menor de Belvis, que fue quien nos acogió a los V.A.S.

Allí nos recibieron un centenar de jóvenes llegados varios días antes. Eramos alrededor de un millar. Las tiendas de campaña se fueron diseminando por todo el campo de fútbol y sus alrededores. Los V.A.S. (voluntariado para la animación y el servicio) iban llegando a la cita esperada.

Más de dos semanas nos esperaban para preparar la visita papal. Nuestro cometido, decían, era vital. No podíamos fallar bajo ningún concepto. Cada cual debía prepararse bien y conocer con exactitud su cometido específico. Pero ante todo, teníamos que ser animadores, servidores con alegría, siempre dispuestos al que nos necesitase.

Los primeros días los dedicamos a reflexionar sobre temas relacionados con el servicio y la peregrinación. También era preciso conocernos bien entre nosotros. Hacernos a la idea de lo que nos esperaba y de cuál debía ser nuestra actitud en todo momento, pues si habíamos llegado allí, era de forma voluntaria.

En el interior del seminario, nos organizamos por comisiones: cocina, campamento, acogida, bienestar, liturgia, etc.

Las mismas comisiones formadas

por grupos reducidos, servían para los momentos de reflexión y distribución de las comidas.

Cara a los actos públicos, nos distribuimos en grupos para actos culturales, celebraciones litúrgicas y campamento de Bando; permaneciendo algunos de reserva para otras actividades necesarias.

Además de horas de oración, reflexión y trabajo, hicimos salidas para conocer la ciudad, alguna excursión, fiestas por la noche con juegos y cantos, etc.

Los más de veinte movimientos cristianos, cada uno con su peculiar carisma, pero todos unidos bajo un mismo espíritu y fe, fueron motivo de gran enriquecimiento para todos. La intensidad se hacía creciente según se acercaba el día 19. Nuestros fallos y descuerdos, malos entendidos, incompleta preparación o inadecuadas respuestas en algunos momentos, fueron compensados por muchos otros momentos más afortunados y, sobre todo, por el rotundo éxito organizativo en general.

El cansancio acumulado en los V.A.S., pero ahogado casi inconscientemente, terminó por aflorar en los momentos finales. El esfuerzo y la entrega gratuita se veían compensados con creces: la satisfacción del deber cumplido y de poder haber colaborado cada uno con su granito de arena.

La nostalgia formaba parte ahora de nuestro equipaje de vuelta. Sin embargo, podíamos decir algo: siendo siervos inútiles, con la ayuda de Dios pudimos hacer algo de valor gracias a la entrega desinteresada.

Ojalá no sea lo último, sino el comienzo para nuevas cosas.

ARTURO

CONCLUYENDO...

El fruto del V.A.S. ha sido muy bueno. No hay más que ver el entusiasmo de todos los jóvenes que participamos. ¿Por qué? Supongo que porque se nos presentó una forma de vida nunca experimentada antes. Muchas reuniones, muchas palabras, pero lo que realmente llena es «vivir» todo lo que te han dicho durante tanto tiempo.

Para nosotros fue el V.A.S.:

CAMINO: Estuvimos muchos días preparando el camino al Señor (en la persona del Santo Padre). Cada día que pasaba había más entusiasmo. Se sentía esa ilusión tan propia de los niños pequeños ante la llegada de los Reyes Magos (si no os hacéis como niños). Durante ese camino estábamos muchos jóvenes, de distintas ciudades, movimientos, grupos, carismas... todos vibrando bajo un mismo ideal: la llegada del representante de Cristo en la tierra.

VERDAD: También teníamos que formarnos. La formación de cada día y el intercambio en nuestros grupos de trabajo nos ayudó a formarnos, a compartir y a respetar.

Se aprende tanto... y hace captar que la Iglesia es grande, amplia y muy rica, como un gran jardín donde lo bonito es que haya distintas flores de distintos tamaños.

VIDA: ¡Qué mejor escuela que la vida! Fueron unos días donde no había egoísmo (todo lo compartíamos), ni pereza (todos estábamos dispuestos a trabajar por Dios), ni tristezas (nuestra alegría empezaba a ser interna)... Era como estar unos días en un trocito de cielo preparando algo muy grande. Hubo momentos malos, pero, ¿quién se acuerda ahora de ellos? Todo resultó estupendo. Vino bien ver cómo todo salió mejor de lo esperado, a pesar de nuestra fragilidad. Dios estaba detrás, eso lo sentimos todos. Todos unidos formando un solo cuerpo.

Pilar MARTIN



¡VA POR LOS V.A.S...!

En este proyecto de hacer una revista sobre las experiencias vividas en el viaje a Santiago de Compostela y el encuentro de la juventud con Juan Pablo II, nos urgía dedicar un espacio a los V.A.S. Y el motivo de ello no es más que el deseo, sincero y profundo, de agradecerlos lo mucho que nos disteis con vuestra labor desinteresada. Cuando, pasado ya tiempo desde aquel encuentro, recordamos lo que allí vivimos, siempre acude a nuestra mente la figura de los V.A.S., que estuvisteis allí, «al pie del cañón», a pesar del frío, la lluvia y el cansancio, logrando que aquella gran reunión haya quedado ya para siempre grabada en lo más hondo de nuestros corazones.

Va por los V.A.S. porque de ellos aprendimos la alegría del servicio a los demás, porque nos enseñaron que la solidaridad no es sólo un concepto abstracto, sino una realidad que se puede practicar. En cada calle, en cada rincón de Santiago, había un V.A.S. dispuesto a ayudar en lo que cada peregrino necesitara. Su presencia, que al principio nos sorpren-

dió (¿quiénes serán esos del cartelito y la gorra que dice V.A.S.?), pronto se hizo familiar.

Va por los V.A.S. porque, con ellos y gracias a ellos, todos nos sentimos como una gran familia, en la que cada cual tenía cabida viniera de donde viniera. La mano tendida de un V.A.S., una de sus sonrisas, sus canciones, su alegría contagiosa y su predisposición a todo, nos hicieron recordar que no estábamos solos y que la unión y la colaboración entre las personas es de un valor incalculable.

Va por los V.A.S. porque ellos fueron una parte importante, imprescindible, del éxito de nuestro encuentro con el Papa. Desde aquí, y aunque sólo sea a través de unas simples palabras impresas, os queremos dar las gracias. Gracias por estar ahí, por la inestimable ayuda que a todos ofrecisteis y, sobre todo, gracias por el ejemplo vivo, real y maravilloso de servicio a los demás que nos habéis enseñado.

¡Va por los V.A.S...!

Begoña ECHEVARRIA



A pesar de la dificultad

Y UNA MUJER pidió: Háblanos del Dolor.

Y él dijo:

Vuestro dolor es la eclosión de la celda que encierra vuestro entendimiento.

Así como la semilla de la fruta debe romperse para que su corazón se ofrezca al sol, así debéis vosotros conocer el dolor.

Y si pudiérais mantener vuestro corazón maravillado ante los diarios milagros de la vida, vuestro dolor no os parecería menos maravilloso que vuestra alegría.

Y aceptaríais las estaciones de vuestro corazón así como habéis aceptado siempre las estaciones que pasan sobre vuestros campos.

Y esperaríais serenamente los inviernos de vuestra pena.

Mucho de vuestro dolor es elección de vuestro espíritu.

Es el remedio amargo con el que el médico que hay dentro de vosotros cura vuestro ser enfermo.

Por lo tanto, tened confianza en el médico y bebed el remedio en silencio y tranquilidad.

Porque su mano, aunque dura y pesada, tiene como guía la tierna mano del Invisible.

Y el vaso con que brinda, aunque queme vuestros labios, ha sido moldeado con la arcilla que el Alfarero ha humedecido con sus propias lágrimas sagradas.

KHALIL GIBRAN

La tarde transcurría lentamente en el Monte del Gozo. Todos esperábamos impacientes y nerviosos la llegada del Papa. A medida que se aproximaba la hora de comienzo, nos fuimos apretando junto a las vallas. Todos queríamos ver a Juan Pablo II de cerca, aunque fuera sólo por unos segundos...

La expectación crecía por momentos y todos estábamos pendientes de cuanto ocurría a nuestro alrededor. Fue justamente entonces cuando pudimos contemplarles. Ellos pasaban hacia delante, en dirección al altar, haciendo bueno aquel pasaje del Evangelio en el que se nos recuerda que los más humildes ocuparán los mejores lugares junto al Señor. Eran gentes que habían venido desde muy lejos. Al igual que nosotros, estaban deseosos de escuchar al Santo Padre; al igual que nosotros, eran peregrinos en Santiago, pero, sin embargo, su peregrinar había sido mucho más difícil que el nuestro. Eran los peregrinos del Líbano y de la Europa del Este, a quienes ni la guerra, ni ningún muro les había impedido faltar a esta cita.

Sus rostros reflejaban un lógico cansancio y sus ropas rasgadas, eran viva muestra de las penalidades sufridas hasta llegar allí. Pero nada, absolutamente nada, había conseguido detenerles.

Los procedentes de Europa Oriental quizás habían sido el primer aldabonazo que había hecho tambalear las fronteras de sus países de origen. Todos ellos —y de manera especial los provenientes de la tierra de Karol Woytila— eran aplaudidos al pasar, en una muestra de cariño y admiración hacia quienes tienen la valentía de profesar su fe aun en las condiciones más difíciles.

Los peregrinos llegados del Líbano habían sufrido en sus propias carnes el azote de la inútil guerra que asola su país y desgraciadamente, lo volvieron a sufrir en su peregrinar a Santiago. Como el propio Juan Pablo II recordó, el barco en el que viajaban había sido bombardeado, su equipaje se había perdido e incluso alguno de sus compañeros había perecido en el bombardeo. Y sin embargo, ellos estaban allí. Aun a riesgo de su propia vida, habían ido a orar ante el sepulcro del Apóstol. Ya el día anterior, en las calles de Santiago, se habían recogido firmas que clamaban por la paz en el Líbano, pero indudablemente, ellos eran el más claro testimonio de la necesidad de una paz que ponga fin a todo el dolor del pueblo libanés.

Pablo MARTIN

El Colegio que fue nuestro hogar

Al comenzar el viaje, nos preguntábamos si las habitaciones serían de uno o de dos. También distraía nuestra atención el tema de quién dormiría con quién. Todo se quedó en una mera especulación. La primera sorpresa que nos llevamos al llegar allí fue que los chicos descansarían juntos en una cancha cubierta de baloncesto y que las chicas lo harían en unas aulas en las que en invierno se imparten clases regularmente.

La segunda sorpresa surgió al conocer la ubicación de las duchas. Habría que atravesar un patio para llegar a ellas. De cualquier manera no nos podíamos quejar: teníamos un techo, duchas y agua caliente, no como muchos peregrinos que carecían de alguna de estas tres comodidades o incluso algunos, de las tres.

En nuestra primera noche fue imposible dormir más de una hora se-

guida. Te pusieras como te pusieras, en cualquier postura, siempre había algún hueso que se te clavaba. El resultado fue que a la mañana siguiente estábamos bastante cansados, más bien agotados.

En la segunda noche, el cansancio hizo del cemento el más mullido colchón, y dormimos como troncos sin que ni siquiera percibiéramos el ronquido de «alguien» que hasta la fecha no ha sido identificado.

Estábamos alojados en el colegio de la Compañía de María. Desde aquí quiero hacer una mención especial a las hermanas de esta compañía que se portaron maravillosamente con nosotros ayudándonos en todo lo que pudieron e incluso anticipándose en la solución de algunas de nuestras necesidades; como el día que volvimos del Monte del Gozo, cansados y sedientos, y al llegar al colegio las herma-

nas nos esperaban en la puerta con garrafas de agua fría, que era lo que más deseábamos en ese momento aparte de un buen baño. Este es uno de los múltiples pequeños detalles que tuvieron con nosotros y que hicieron que nos lleváramos un grato recuerdo de ellas. Desde aquí quiero darles las gracias públicamente por lo bien que nos trataron, y estoy seguro de que todos los que estuvieron allí opinan de forma similar.

Puede ser que en cualquier hotel hubiésemos estado más cómodos físicamente, pero creo que nuestra estancia no hubiera sido por eso mejor. Si pudiera algún día volver en el tiempo y repetir la experiencia, no cambiaría la cancha de baloncesto por una cama de un hotel...

Miguel DOMINGUEZ CASADO



Lo más «in»



- La alegría por todas partes.
- La amabilidad ciudadana.
- Nuestros simpáticos conductores (aguantaron todas nuestras canciones).
- El humilde estandarte de palo de escoba: nuestro mejor símbolo de unidad.
- La foto con Marcelino Oreja y su imperturbable sonrisa a pesar de los gritos, eso sí, cariñosos de ¡Marce, Marce! (Os pasásteis, chicos.)
- La visita de don Raúl Vázquez: corta, pero significativa.



- Los incansables V.A.S.
- Las monjas: ¡por todo!
- Helder Cámara y el banderín del C.E.U.
- Las colas matutinas en las duchas.
- La bandera Vaticana: comprada por los chicos y cosida por las chicas.
- Casa Manolo: menú 475 pesetas con más de veinte platos para elegir.
- La guitarra de Pepe.
- Los atléticos chicos de la antorchada: lo importante es participar.
- Conciertos y espectáculos: calidad, sentido, sintonía con el público y nada aburridos. ¡Increíble!
- El impecable comportamiento de los jóvenes a la salida del Monte del Gozo: polvo, sudor y cansancio, pero cantando.
- Las personas que en el camino de vuelta ofrecieron agua a los peregrinos y abrieron sus casas.
- La disposición a compartirlo todo: comida, ropa, jabón, dinero... ¡hasta el saco de dormir!
- El espíritu, «jovial», de todos los asistentes.
- Nuestra misa: ¡dos cortas horas!
- ¡Y el ribeiro, por supuesto!



Lo más «out»

- Las misas del peregrino: largas y demasiado solemnes.
- La comida preparada.
- El barro del Monte del Gozo: no se le resistió nadie.
- Falta de traducción de las palabras del Papa.
- Algún comentario fuera de tono sobre alumnos del C.E.U. en la prensa local.
- El servicio de autobuses al Monte del Gozo: un timo.
- La gastroenteritis.
- Los coches y autocares de sacerdotes, obispos y gente «vip», inexplicablemente circulando a la vuelta del Monte junto a los peregrinos e inexplicablemente vacíos (sol de rigos, macutos y sacos, varios kilómetros hasta Santiago...).
- Tener que volver.

Elena MORENO SALAMANCA

Invocación de Juan Pablo II al Apóstol Santiago

¡Señor Santiago!

*Heme aquí, de nuevo, junto a tu sepulcro
al que me acerco hoy, peregrino de todos los caminos
del mundo, para honrar tu memoria e implorar tu protección.*

*Vengo de la Roma luminosa y perenne,
hasta ti que te hiciste romero tras las huellas de Cristo
y trajiste su nombre y su voz
hasta este confín del universo.*

*Vengo de la cercanía de Pedro,
y, como sucesor suyo te traigo,
a ti que eres con él columna de la Iglesia,
el abrazo fraterno que viene de los siglos
y el campo que resuena firme y apostólico en la catolicidad.*

*Viene conmigo, Señor Santiago, una inmensa riada juvenil
nacida en las fuentes de todos los países de la tierra.
Aquí la tienes, unida y remansada ahora en tu presencia,
ansiosa de refrescar su fe en el ejemplo vibrante de tu vida.*

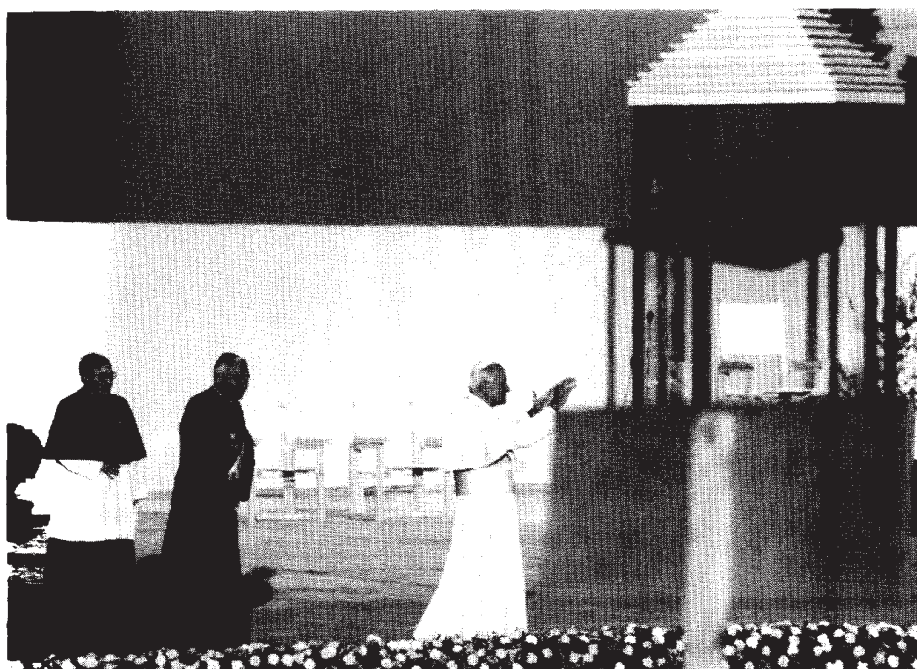
*Venimos hasta estos benditos umbrales en animosa
peregrinación. Venimos inmersos en este copioso tropel
que desde la entraña de los siglos ha venido trayendo a las
gentes hasta esta Compostela
donde tú eres peregrino y hospedero, apóstol y patrón.*

*Y venimos hoy a tu vera porque vamos juntos de camino.
Caminamos hacia el final de un milenio
que queremos sellar con el sello de Cristo.
Caminamos, más allá, hacia el arranque de un milenio
nuevo
que queremos abrir en el nombre de Dios.*

*Señor Santiago,
necesitamos para nuestra peregrinación
de tu ardor y de tu intrepidez.
Por eso, venimos a pedirte los
hasta este «finisterrae» de tus andanzas apostólicas.*

*Enséñanos, apóstol y amigo del Señor,
el CAMINO que conduce hacia El.
Abrenos, predicador de las Españas,
a la VERDAD que aprendiste de los labios del Maestro.
Danos, testigo del Evangelio,
la fuerza de amar siempre la VIDA.*

*Ponte tú, Patrón de los peregrinos,
al frente de nuestra peregrinación cristiana y juvenil.
Y que así como los pueblos caminaron antaño hasta ti,
peregrines tú con nosotros al encuentro de todos los pueblos.
Contigo, Santiago Apóstol y Peregrino,
queremos enseñar a las gentes de Europa y del mundo
que Cristo es —hoy y siempre—
el CAMINO, la VERDAD y la VIDA.*



"Cuento con vosotros para difundir un sistema nuevo de vida. Ese que nace de Jesús, Hijo de Dios y de María, cuyo mensaje os traigo."

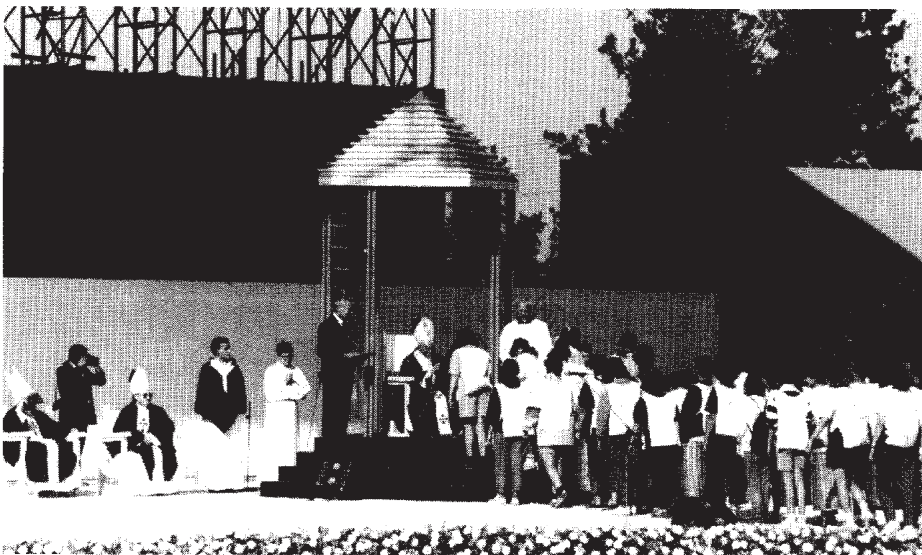
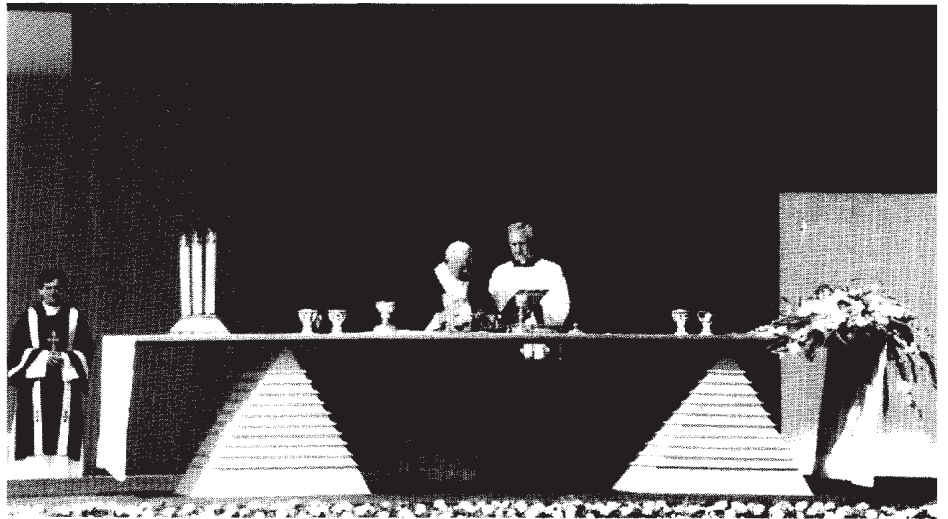


"Nuestro camino de Compostela significa querer dar una respuesta a nuestras necesidades, a nuestros interrogantes, a nuestra «búsqueda» y también salir al encuentro de Dios, que nos busca con un amor tan grande que difícilmente podemos entender."



“El sentido de la vida está en el Amor. Sólo quien sabe amar hasta olvidarse de sí mismo para darse al hermano realiza plenamente la propia vida y expresa en grado máximo el valor de su propia aventura terrena.”

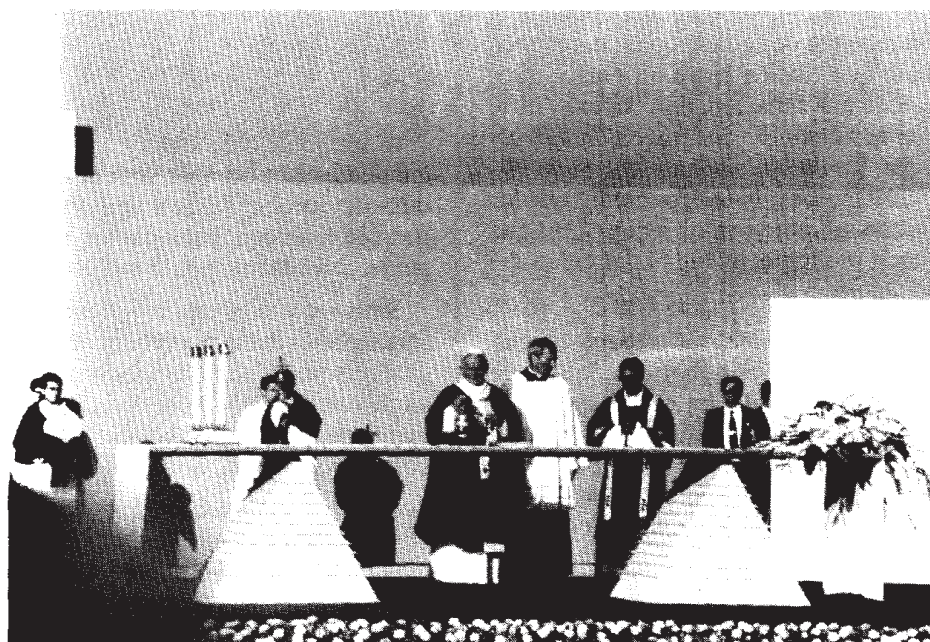
“El cristianismo está llamado a servir a los hermanos y a la sociedad, a promover y apoyar la dignidad de cada ser humano, a respetar, defender y favorecer los derechos de la persona, a ser constructor de una paz duradera y auténtica, basada en la fraternidad, la libertad, la justicia y la verdad.”



“Tenéis que convenceros definitivamente de que «ser grandes» quiere decir «servir», y que eso implica abrazar la cruz.”



“Queridos jóvenes, pongámos en camino con María; comprometámonos a seguir a Cristo, Camino, Verdad y Vida. Así seremos ardientes mensajeros de la nueva evangelización y generosos constructores de la civilización del Amor.”



“Es menester conocer bien el don recibido para saber darlo a los demás. Para contribuir al bien común.”

El Foro Internacional

El Foro Internacional de Jóvenes es un encuentro de amistad, diálogo e intercambio de experiencias. Organizado por el Pontificio Consejo para los Laicos, se celebra periódicamente y es parte integrante de la Jornada Mundial de la Juventud y del Encuentro Mundial de los Jóvenes con el Papa.

El Foro pretende desarrollar la reflexión de los jóvenes sobre los problemas cruciales de nuestro tiempo y promover en ellos el sentido de una mayor solidaridad que los convierta cada vez más en constructores de una nueva civilización de la verdad, de la justicia y del amor.

En Santiago de Compostela, un grupo de católicos provenientes de todo el mundo participó el pasado mes de agosto en este encuentro de meditación y oración, que tuvo lugar los días 13, 14 y 15. En el encuentro con Juan Pablo II, dos delegados presentaron el fruto espiritual de los trabajos del foro. Teresa Mazón, participante de este encuentro, comparte con nosotros las experiencias allí vividas.

— Después de haber participado en el Foro Internacional de la Juventud, ¿qué ideas tienes de lo que es este Foro?

— Para mí ha sido un encuentro de reflexión y diálogo entre jóvenes de todo el mundo, unidos por una misma fe.

De reflexión, pues nos hemos preguntado sobre nuestra propia realidad de jóvenes creyentes, sobre la juventud de nuestros países, y principalmente sobre Cristo, como Camino, Verdad y Vida, que llena nuestras vidas dándole pleno sentido y transformándonos en apóstoles para el mundo de hoy.

De diálogo, en dos direcciones: con nuestros guías y pastores (obispos...) que se han interesado sobre nuestras realidades, anhelos... y que a la vez nos han recordado nuestra misión como miembros activos de la Iglesia, haciéndonos ver la esperanza que tienen en nosotros, como jóvenes laicos.

Y en segundo lugar, de diálogo también entre los que hemos participado, lo cual nos ha enriquecido a cada uno personalmente.

— ¿Qué momento del Foro ha sido para ti el más importante? ¿Por qué?

— Todo ha sido para mí una experiencia muy enriquecedora: las confe-

rencias de cada día, el trabajo por grupos, donde éramos conscientes de la diversidad de situaciones y realidades que vivíamos cada uno, los momentos de oración, y la Eucaristía de cada día, donde todos ofrecíamos a Dios nuestro trabajo uniéndonos como miembros de una misma familia en torno a Cristo.

Pero tal vez lo que más me haya llegado personalmente hayan sido los testimonios. A través de ellos pude dar cuenta de las diferencias tan inmensas que existen entre un país y otro, entre una situación, una cultura y otra: la India con su diversidad, Sudáfrica con sus problemas raciales... todo ello contado por jóvenes como tú, que luchan allí por lo mismo que tú. El que más me impactó fue el del chico del Líbano.

Después de oír todo esto me di cuenta que Dios nos quiere a cada uno en el lugar que nos ha puesto, y que el vivir una situación fácil no nos debería llevar de ningún modo a ser más mediocres, sino que Dios nos pide el mismo grado de entrega y de heroísmo en cada lugar.

— ¿Qué es lo que quisieras transmitir de tu experiencia de este Foro?



— Ha sido para mí enriquecedor no sólo en el sentido de encuentro con los demás, sino también ha supuesto para mí un encuentro más profundo con Cristo, un contestarme a la pregunta ¿quién es Cristo para mí?, y sobre nuestra tarea en el mundo, preguntarme también, como se nos dice en Evangelii Nuntiandi, ¿creéis verdaderamente en lo que anunciáis?, ¿vivís lo que creéis?, ¿predicáis verdaderamente lo que vivís? (n.º 76).

— ¿Tienes alguna propuesta para mejorar el Foro en un futuro?

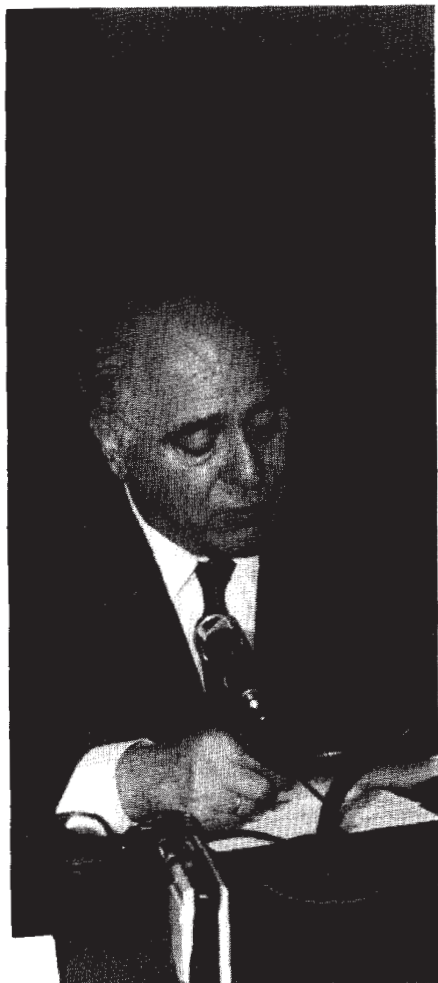
— El horario de trabajo me pareció demasiado intenso. Tuve la sensación de que me faltaba tiempo para todo lo humano, para hablar con la gente con más tranquilidad, etc.

Siento que faltó espíritu de oración. Dialogamos mucho, pero me hubiera gustado poder decir también que rezamos mucho. Propongo algún momento de oración profundo, en común, como una Vigilia, adoración...

También me faltó tiempo durante el día para rezar, para asimilar todas esas cosas que percibía cada día.

Teresa MAZÓN

**También hablamos
con D. Alfonso Ibáñez
de Aldecoa, Presidente
de la ACdP
y de la Fundación
Universitaria
San Pablo CEU**



— *¿Por qué se hizo el viaje?*

— La peregrinación a Santiago era una llamada a la construcción de una nueva sociedad. Era una convocatoria a los jóvenes para que tuvieran la oportunidad de experimentar de verdad a Cristo, para que fortalecieran su convicción de que sólo viviendo en Cristo, podrán llegar a ser hombres y mujeres nuevos, constructores de la nueva civilización que se presente, y para que cuando regresaran a sus respectivas sedes volvieran como sembradores de paz y de esperanza en sus familias, en su trabajo, en todas sus actividades y relaciones. La Asociación Católica de Propagandistas no podía estar ausente de este trascendental acontecimiento, por lo que desde un principio asumió la participación de los jóvenes de sus obras docentes.

— *¿Cómo se hizo la organización?*

— El Consejo Nacional de la A. C. d. P. marcó las directrices de la organización, que se pusieron en práctica bajo la coordinación del Consejero Nacional don Antonio Rueda. La organización se encomendó al Departamento de Cultura y Fe de la Fundación Universitaria San Pablo (CEU) y se llevó a efecto por un equipo de sacerdotes dirigidos por el Coordinador de Pastoral del Colegio Universitario San Pablo, don Gilberto Martín Teixé. La participación del CEU consistió en 150 alumnos, que hicieron el viaje en tres autobuses, desde el día 15 hasta el 21 de agosto; bajo la coordinación de dos sacerdotes y una ex alumna de Derecho; con hospedaje en Santiago en el Colegio de la Compañía de María, en la calle Enseñanza.

— *Resultado del viaje.*

— Para la organización fue en general positivo y altamente satisfac-

torio. El grupo se integró muy bien en el ambiente del Encuentro, que tenía como objetivo principal, reflexionar con Juan Pablo II y junto a miles de compañeros, que Jesús es el camino, la verdad y la vida para el cristiano.

El grupo del CEU reflejó con autenticidad su imagen de carácter abierto, dialogante y responsable, lo que permitió una identificación atrayente para otros jóvenes. Hay que valorar muy positivamente que nuestros jóvenes adquiriesen, con ocasión del viaje, conciencia de grupo y de su pertenencia al CEU.

— *Reflexión sobre el resultado del viaje a Santiago.*

— A su vuelta de uno de sus viajes a Africa el Papa dijo en el avión a los periodistas que él no esperaba nada espectacular de sus viajes. Su propósito es que la fe de muchos se confirme, que todos queramos ser un poco más solidarios, que se rece y que se practiquen los sacramentos. No puede negarse que estos propósitos del Papa se han satisfecho ampliamente en su visita a Santiago.

La concentración del Monte del Gozo fue verdaderamente impresionante, como ocasión de plantear de modo abierto y personal a los jóvenes el difícil reto que supone vivir a tope la vida cristiana.

La juventud vibró al ser abordado sin concesiones, desde el punto de vista cristiano, todo lo que representa la limpieza de vida, la vocación al apostolado, el matrimonio cristiano indisoluble, el respeto a la vida desde su concepción hasta su término, la solidaridad, los riesgos de una sociedad moralmente en exceso permisiva, los cultos a la droga, el dinero, el sexo y el poder.

El encuentro de la juventud con el Papa en Santiago ha sido una bendición cuyos resultados son la gran esperanza de nuestra sociedad.



Arquitectura

¡ARQUITECTURA! Sublime palabra inmortal, que expresa el fin último del creador incansable, que ante el resplandor del papel en blanco intenta ordenar sentimientos que salen a su corazón.

Arquitectura y espiritualidad van unidas, pues ¿qué es el arte, sino una creación de nuestro espíritu?

Santiago, meta del peregrinaje universal cuna del amor fraterno. Arquitectura.

Sí. Arquitectura, eso es Santiago, el esplendor de la espiritualidad, su magia, nos conmovió a todos los que tuvimos la gran suerte de acudir, al llegar y poder dibujar su silueta con la vista, nuestro corazón sonríe, al igual que siglos atrás, peregrinos también celebraban la llegada al divisar por primera vez los remates que recortaban en el cielo la silueta de la gran Catedral, desde el llamado Monte del Gozo.

Es aquí en Santiago, donde la Arquitectura adquiere un mayor gozo a nuestra vista, su magia se expande por todas sus maravillosas calles, enredo de vías que plazeramente accedes a perderte por ellas para observar sus

de Santiago



plazas pequeñas y recogidas, pero que poseen los elementos y la gracia de grandes, con sus fuentes escultóricas donde el gris de la piedra y el musgo hacen una graciosa convivencia, los soportales generosos en espacios y arcos, la piedra como material robusto al igual que el clima. Estos, recorren las calles soportando la edificación encima y creando una sensación de cuevas recogidas y recorribles.

Siguiendo estas vías, es posible y con fortuna para ti, que encuentras la gran plaza, la llamada Plaza del Obradoiro, rectángulo en planta, donde se encuentra el centro cristiano de la ciudad: su Catedral.

Comentarla sería muy largo pues sus rincones son numerosos y el papel escaso, pero si curiosear algo en los tesoros que guarda. Obra de estilo Románico en planta y alzado, sobria, maciza y poco luminosa como cualquier obra del siglo XI, pero esto se rompe en la fachada principal, curiosamente barroca nada menos que 700 años posterior y obra del arquitecto Fernando de Casas y Novoa. Sorprendente ésta por el juego barroquizante de sus elementos flanqueados por dos torres campanario, creada para proteger

de las inclemencias del tiempo gallego el no menos curioso «Pórtico de la Gloria», que comprendía la primitiva fachada de la Catedral, y es curioso por la escultura románica que alberga obra del maestro *Mateo*, *NO*, propias en expresión y delicadeza de este siglo. La sobriedad y el hieratismo en las figuras románicas se pierden aquí ante un mayor movimiento e incluso una sonrisa con la que nos da la bienvenida San Juan.

Los peregrinos estaban en la Catedral y, antes de rezar la consabida oración de gracia por el viaje, pasaban unos minutos delante del Pórtico y lo tocaban dando gracias y pidiendo un deseo, tantos peregrinos han repetido la operación en el mismo sitio que hoy en día nos queda una señal de una mano perfecta.

Todos nosotros repetíamos esta operación y pusimos nuestra mano en la hendidura para buenaventura.

Curioso fue el Botafumeiro, que recorre longitudinalmente el crucero y que llega a alcanzar una velocidad realmente alarmante creo que todavía no se ha soltado, espero por el bien de las paredes que no ocurra.

Muchas más cosas podrían comen-

tarse de Santiago, como el antiguo Hospital de Santiago, obra renacentista española del siglo XVI, enclavada dentro del Plateresco, estilo típico español que se encuentra saliendo a la derecha de la Catedral en la misma plaza del Obradoiro, o el Palacio del Arzobispo Gelmírez también situado en la plaza, el Colegio Fonseca, a la Universidad. Pero acabar quiero brevemente destacar otra faceta, a mi entender arquitectónica, que fueron las noches en esta ciudad maravillosa.

Para llegar a un verdadero análisis de la ciudad, creo que hay que vivirla por el día y por la noche. Fue impresionante el calor que despedían las calles de Santiago a la media noche, el ambiente de fiesta que las inundaban, que junto con las sonrisas del ribeiro en boca, gozamos todos los que participamos en la fiesta, noche de fraternidad entre hermanos de otros países con los que intercambiamos canciones típicas y, sobre todo, alegría, que era de lo que se trataba, de pasarlo bien y vivirla como Dios manda.

Ricardo
RODRIGO RODRIGUEZ (R³)



Mi expe

Cuando tenía nueve años, nos pusieron una película del Gujarat, seguramente la región con más tradiciones y con menos turismo de toda la India. Ahora no recuerdo lo que vi, pero sí lo mucho que aquello me impresionó y que pensé: «de mayor iré a la India».

Este ha sido uno de mis principales sueños durante todo este tiempo hasta que el año pasado se hizo realidad. ¡No podía creer que por fin lo iba a conocer!...

Tuve la inmensa suerte de que me acompañase mi hermano Sergio. Sola hubierta sido muchísimo más duro. Hicimos todos los preparativos, nos pusimos miles de vacunas y, llenos de ilusión, nos lanzamos a la aventura. Nuestro primer contacto con la India fue un choque brutal, a la vez fascinante y terrorífico.

Terrorífico porque jamás llegué a imaginar que hubiera gente que estuviera viviendo así. La inmensa mayoría de las personas que ves están enfermas y desnutridas. Su única posesión en este mundo es el harapo que llevan liado a la cintura, nada más, ni siquiera tienen una esquinita en la acera donde poderse tumbar a descansar un poco; muchos de ellos no comerán más de un plátano en tres días y beberán el agua de los desagües porque no hay otra.

Y fascinante porque dentro de esa tremenda miseria, esta gente tiene algo muy especial que nos llenaba de serenidad y cariño inmenso hacia ellos, no sé si serán sus ojos penetrantes, sus andares cadenciosos y elegantes o esa



riencia misionera en la India

especie de actividad lenta que todos parecen tener.

De Bombay nos marchamos a las misiones de esta región que os decía antes. Nos entusiasmaron. Son como te las imaginas: una casita en un poblado en mitad de la selva donde, si han tenido suerte, les acaba de llegar la electricidad y donde tienen que sacar el agua de un pozo...

Allí viven uno o dos misioneros y cinco monjas que llevan dos internados donde tienen niños de los poblados de los alrededores. Los visitan, les dan de comer y los educan para que, el día de mañana, puedan defenderse por sí mismos tanto a ellos como a sus familias. Salen, gracias a la maravillosa y admirable labor de estos misioneros, que dedican su vida por entero a los necesitados, de la esclavitud en la que están todos sus padres.

A pesar de que la mayoría de los niños son descastados y en la India no se mezclan, toda la gente importante de los poblados lucha por meter a sus hijos en estos colegios, ya que de allí es de donde salen los niños mejor preparados.

Las monjas tienen un dispensario por misión. A mí ésta fue una de las cosas que más me impresionó. Se abre de las 7,30 de la mañana a las 3 de la tarde. Entre dos monjas enfermeras (ni siquiera médicos) ven una media de 175 pacientes diarios. Vienen de todos los poblados, incluso algunos llegan a hacer seis horas de camino para que les atiendan las monjas en su minúsculo dispensario, y no en los

hospitales estatales (porque a la mitad no los cogen y con el resto hacen lo que quieren, desde esterilizarles sin pedir su consentimiento hasta dejarles morir por falta de cuidado o interés).

Por las tardes, a las cuatro, cuando ya no hace tantísimo calor, se sale en jeep a visitar un poblado cada día. Generalmente cada misión tiene a su cargo de 35 a 40 poblados, que visitan una vez al mes por falta de tiempo, ya que su ilusión sería verlos más a menudo. Allí entran en todas las chozas, donde les van invitando a la tradicional taza de té (¡llegan a beberse hasta 30 tazas!). Les cuentan sus sueños, sus problemas, les piden consejo y, sobre las 9,30 ó 10 el padre celebra misa. A ésta no sólo van los poquísimos católicos que haya, sino también hindúes descastados, algunos de casta, musulmanes... ya que son unas misas preciosas con muchísima participación. Son en mitad del campo, entre las chozas, de vez en cuando pasa una rata, un lagarto gigante... pero ellos ni se inmutan, siguen cantando sus canciones que te llenan de paz... Así se va haciendo tarde hasta que, sobre las 11,30, salimos de vuelta a casa para dormir un poco y al día siguiente estar despejados y continuar luchando para que esta gente sea más humana y más feliz...

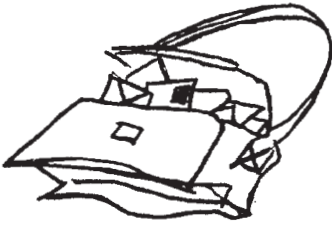
Para mí fue como un sueño precioso que no quería que se terminara.

Belén

DIAZ DE RABAGO MAZON



Si alguno de vosotros queréis colaborar con la Campaña Madrina y proahijar a alguno de estos niños para que puedan ser más felices, poneros en contacto conmigo (teléfono 207 09 56). Os lo agradecerán una barbaridad.



«... A MABEL»

«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jesús).

Querida Mabel: Ya sé que estás muy ocupada, que las clases, los amigos, las exigencias de la vida cotidiana, etc., etc., etc., no dan lugar a muchas trivialidades. Permíteme, no obstante, robarte unos minutos de tu maravilloso tiempo y pedirte que en un corto paseo al pasado inmediato recordemos nuestro encuentro en el Monte del Gozo. No he dejado de pensar, aunque sea de forma intermitente, en tantos interrogantes que allí se me planteaban y a los que por el momento, desde el punto de vista intelectual, sigo sin poder dar respuesta. Pero como quiera que todo ello pertenece al complicado mundo de mi entendimiento, prefiero aparcarlos y dejar que alguna luz, no me importa la procedencia, pueda en un futuro no lejano aclararme parte de esa mi desconcertante oscuridad. Creo que con una buena dosis de esperanza y buen humor lo iré consiguiendo.

El problema es diferente cuando el desconcierto se comparte, cuando descubro que otras personas como yo, también buscan respuesta, pero que den salida a situaciones existencialmente incoherentes y cuando me doy cuenta que está en juego algo más que un resultado del intelecto. Se trata de «vivir» con la suficiente paz interior como para que cada acción, por insignificante que sea, transmita un sentido auténticamente plenificante. No siempre sucede así. Mejor, casi nunca sucede así y es entonces cuando me

veo envuelto en vivencias, emociones, sensaciones, sufrimientos..., situaciones concretas a las que hay que responder porque quien sufre o quien espera es el otro y yo.

A lo largo de toda la conversación que mantuvimos aquella noche me pareció entender que era justo aquí donde ambos estamos situados. Yo como tú, también acudí a Santiago con la esperanza de recibir el empujón necesario que hiciera de la vida diaria la razón más importante de nuestra existencia. No suspirábamos por grandes acontecimientos, por grandes cambios, ni siquiera por grandes conversiones, ¡no!, queríamos sencillamente que Jesús de Nazaret nos ayudase a vivir de otra forma lo que ya estábamos viviendo. Por eso no nos gustó la actuación escenificada del sábado noche, por eso criticamos los exacerbados triunfalismos de determinados grupos más próximos al fanatismo que a la reflexión seria y libre de lo que allí debía gestarse, por eso no aceptamos el santo paternalismo de quienes, como siempre, no tienen credibilidad en la responsabilidad juvenil y se consideran tutores de lo que los demás tienen que hacer, por eso éramos conscientes de que la «papomanía» de muchos ocultaba el genuino rostro del crucificado... Tú y yo estábamos allí por otras razones que provocaron nuestro encuentro y que hacen que ahora te recuerde con el cariño y el afecto de alguien que se sabe acompañado. Solidaridad que me gustaría transmitir a tantos otros desconocidos que estaban en nuestra situación. Sería injusto no reconocerlo.

Pero la noche, a pesar del frío, del café, de los cantos, de la hoguera, contigo se hizo corta. El amanecer nos devolvió al silencio. La despedida, a las prisas. Y la pregunta quedó flotando en el ambiente: ¿qué hacer? Si compartimos nuestras inquietudes, no fue así con nuestros proyectos. Quizá tampoco era el momento. Lo cierto es que si Jesús estaba presente en todo aquello, nos marchamos sin saber si «*ardía nuestro corazón y si le reconocíamos al partir el pan*» como los discípulos de Emaús. Tampoco supe si al menos intuías por dónde comenzar.

Por eso te escribo, Mabel. Porque después de ver la reacción y los comentarios de todos los hermanos que nos acompañaron en el grupo del CEU, porque después de hacer una lectura pausada del mensaje que Juan Pablo II nos quiso dejar, reconocerme de nuevo en mis contradicciones, más algún que otro rato de oración, me parece haber descubierto el núcleo de lo que Jesús me quiso decir en la experiencia de Santiago. Por lo que tuviste de «culpa» en ello, quiero comunicártelo.

Fui a Santiago un tanto escéptico, sin ganas, sin ilusión. Me justificaba el hecho de que si estoy dando gran parte de mi trabajo al CEU no podía negarme a prestar una colaboración que la institución me pedía. Alguien tenía que hacerse responsable y representante de casi doscientos jóvenes que, contrariamente a mí, sí estaban ilusionados con el encuentro internacional de la juventud. Como siempre me sucede en estos casos, voy de observador, tratando de aprender y dejar que las circunstancias y/o las personas vayan marcando el ritmo de los acontecimientos. Y me dediqué a hablar. El contacto dialéctico con unos y otros y la sensibilidad que expresaban me hizo tomar conciencia de que en el transcurso de todo aquello siempre estaba con toda su grandeza la persona. El reconocimiento del otro fue así la primera y grata sorpresa que comencé a experimentar, no tanto porque yo lo provocase, sino porque los demás me daban la oportunidad de acercarme a lo más íntimo de su hogar. Además, de forma gratuita. Y claro, cuando la vida muchas veces es un inmenso mercado donde priva la oferta y la demanda, donde todo tiene un precio o donde el parecer priva sobre el ser, asusta el que todavía quede la suficiente generosidad como para entender las cosas de otra manera. Poco a poco fui llegando al convencimiento de que, cuando el otro se siente acompañado, valorado y respetado, es decir, cuando se siente él, está en condiciones de ofrecer lo más sagrado de su ser: él mismo. Aprendí, por tanto, que por muy espectaculares que sean los encuentros, aun en nombre de Dios, nada sigue siendo tan hermoso como la cer-

canía del hermano. Entendiendo por tal todo aquel que al margen de su condición externa quiere compartir el sufrimiento y la alegría de la vida. No puedo olvidarme de las personas con las que conviví en Santiago, Mabel, porque han sido ellas quienes me siguen enseñando que Dios habla en la primera persona del hermano. Bajé del monte con la sensación de que me sucedía lo que en el Tabor: la hierofanía de Dios pasa por el encuentro sencillo y generoso con el hombre.

Sin embargo, me sentía insatisfecho. Si el lema del encuentro había sido el de «Jesús, camino, verdad y vida», ¿cómo poder acercarme a la realidad intangible de su presencia en el quehacer diario? ¿Cómo vivir con la seguridad de que hacemos las cosas teniéndole como punto de referencia de nuestra acción? La clave la descubrí en el texto de la homilía del domingo. ¡Servir! Fue éste el reto que Jesús planteó a los hijos del Zebedeo cuando aquéllos buscaban seguridad humana. Seguir a Jesús es ser un hombre para los demás. Cuando somos incondicionales y susceptibles frente al hermano que pide nuestra ayuda, sabemos que estamos haciendo lo que Jesús quiere. Su vida no fue otra cosa sino un continuo darse hasta la muerte viviendo para aquellos que acogían su proyecto de salvación.

Me sentí pobre. Toda la incongruencia de mi egoísmo parecía emanar a borbotones en un efluvio de partículas candentes que acusaban el vacío de gratuidad que llevo en mí. Toda la miseria esa que sabemos ocultar a los demás porque nos duele que la descubran, apareció de forma clara y nítida. ¡Qué cosa tan ínfima soy a los ojos de Jesús! ¡Qué duro de corazón para reconocer que las prioridades de mi existencia las mueven intereses que nada tienen que ver con el evangelio! ¡Qué lento y tardo para darme cuenta de lo que el otro espera y necesita! ¡Qué facilidad tan asombrosa para justificar con argumentos de todo tipo que no podía hacer otra cosa que lo que hice! ¿Para qué seguir? Tú sabes que sería inacabable la enorme cantidad de realidades que

hacen de nuestra vida un canto a la contradicción.

¿Qué hacer entonces cuando el Señor, a través de ti, del resto de mis hermanos, de Juan Pablo II, de todo el ambiente lúdico que allí se respiraba se empeña en decirme que es el hombre y mi dedicación hacia él lo que tiene que marcar la diferencia de mi seguimiento, y cuando descubro lo lejos que todavía estoy de hacer mío ese mensaje de salvación?

Opté por el silencio y por dejar que en la oscuridad de mi interior, El que todo lo ve, pueda seguir escribiendo las páginas del libro de mi vida. No es mucho, pero estoy seguro de que si maestro y discípulo se encuentran es suficiente. Es así como he ido viviendo el encuentro de Santiago, tratando de que mi trabajo pueda mostrar el rostro de Dios que acoge, calla y sobre todo espera, porque estoy plenamente convencido de que con estas actitudes el hermano se siente valorado y respetado. Quizá sea éste el auténtico servicio que podemos prestar los que nos sentimos acompañados por Jesús. Como ves no es gran cosa. Mi vida prácticamente sigue igual, pero se ve transformada por esa mirada contemplativa que Juan Pablo II supo imprimir en quienes como tú y como yo buscábamos la luz.

Te dejo, Mabel. Soy consciente de que muchas de estas reflexiones merecerían un tratamiento más explícito que el circunscrito a un texto tan corto. Si alguna vez te aburres y te gusta disfrutar de la tertulia junto a un buen café, cuenta con ella. Agradezco el haberte conocido y te deseo la felicidad que sólo Dios puede dar a quienes se sienten sus hijos. Tu sensibilidad se lo merece.

No se me olvida un abrazo para Ana. Hasta siempre.

Besos.

GILBERTO

UNA PARA TODOS Y TODOS PARA UNA

En el transcurso del viaje de ida a Santiago se llevó a cabo la entrega, por parte de los «monitores» del viaje, de

una serie de adhesivos y banderines con el emblema del CEU, que luego serviría de distintivo de todos los que de aquí partimos y de recuerdo para aquellas personas que, siendo de otro grupo, ciudad o país convivieron con nosotros en algún momento de nuestra estancia.

Al poco tiempo de llegar, esos distintivos aparecieron por nuestras mochilas, gorras, etc. y pronto junto con la enorme bandera que la fundación nos proporcionó; se pasearon animando la ciudad, manifestando con orgullo el motivo que como grupo nos unía.

Las calles se convirtieron en un ir y venir de banderas de colores que señalaban el número y la procedencia de cada grupo que allí estaba; lo que nos llevó al día siguiente a comprar telas para crear dos banderas que acompañaron a nuestro emblema. Una vez conseguido el material, el número de voluntarios para la labor costurera fue muy numeroso, por lo que cosiendo uno por aquí y otro por allá se terminó enseguida dando como resultado dos estupendas banderas con los colores del Vaticano y de nuestro país.

En un primer momento, al ver la costura realizada se pudo oír más de una carcajada, pero eso era lo de menos puesto que la obra era nuestra, aunque luego fue también nuestra la preocupación de si los colores del Vaticano eran en el orden que habíamos establecido.

Durante la semana fueron muchas las ocasiones en que orgullosos paseamos nuestros cantares y banderas, pasando éstas a formar parte del grupo y que con la cabeza bien alta todos queríamos llevar, llegando incluso a entregar nuestro emblema a Monseñor Helder Cámara, que con la inscripción «con mucho cariño de jóvenes de Madrid», le conmovió y nos agradeció profundamente.

Sin apenas darnos cuenta los días pasaron y nos vimos en el Monte del Gozo reunidos con Juan Pablo II. Una vez allí todas las banderas y pancartas que antes nos habían diferenciado se fundieron en una sola, que enérgicamente se levantaba para contestar a los saludos del Papa al pasar por

nuestro lado, o para agradecerle sus palabras, que con cariño enviaba a todos los jóvenes.

Fue allí donde nos dimos cuenta de que todos los allí presentes portábamos la misma bandera, una bandera en la que no importaba el color, ni la costura que tuviese, sino tan sólo su presencia.

«EL ESPIRITU DE LA NOCHE»

Atardecer en el monte; el Sol se ponía por detrás de la pantalla; empezaba a refrescar. Todos escuchábamos atentamente las palabras de aquel hombre que había hecho posible tal reunión; era una reunión especial, no de amigos en un café, sino de jóvenes venidos de todo el mundo. Ya nos íbamos conociendo, habíamos tenido todo un largo día, y algunos, tres días más. Nos unía algo a todos; ninguno sabíamos la causa que nos había llevado hasta allá, pero todos sabíamos que estábamos a gusto y que nunca nos arrepentiríamos.

Algo cansados y sucios debido al polvo que levantaba aquel suelo, empezábamos a abrigarnos y a tener hambre. Aquello se estaba haciendo un poco largo y nuestra participación había sido poca. ¡Estábamos deseando cantar, vitorear al Papa, comunicar nuestra alegría de juventud!

Cantos espontáneos como los que se cantaban en la Plaza del Obradoiro por algún grupo al que luego se le unían otros, fuesen del país que fuesen. Cantos en los que el idioma no importaba, sino la música. Palabras con música aquellas pronunciadas por el Papa, que nos dieron qué pensar durante el acto.

Anocheció y seguíamos allí escuchando atentamente unas veces, otras no tanto. Había mucho en qué pensar: los amigos allí reunidos, la juventud en general, nuestro mundo dirigido por los adultos de manera absoluta, la Iglesia y su vida oscilante entre decadencias y esplendores artificiales, las mentiras y las injusticias de cada día...; no sé, ideas que asaltan todas a la vez a mi mente cuando hay un momento para pensar.

Enseguida se acabó aquello. De un salto nos levantamos todos a bailar y a cantar. ¡Qué feliz me sentía! Al acabar hubo gente que se unió a los que estaban metidos ya en su saco. ¡Qué frío! Yo tenía calor; me movía de un lado para otro recorriendo una vez más aquella explanada, aquel mar de gente alumbrado por los potentes focos que junto con la niebla hacían de todo aquello una isla perdida en medio del océano. Yo no pude dormir aquella noche, ¡imposible! Me gustaba ver a la gente y hablar con ella, me gustaba vivir aquella noche. Se iban haciendo corros que se ponían a cantar, se unía a quien quería: gente con el corazón caliente. Con algo más de calor se estaba al lado de las hogueras. Allí también se cantaba.

El rocío lo mojaba todo y la niebla con su movimiento a ras del suelo lo supervisaba todo con agrado.

Movimiento toda la noche: sólo una tercera parte dormía, otra intentaba dormir, pues quizá ya había prestado su jersey o incluso su saco, y sólo unos cuantos paseábamos o nos sentábamos a la hoguera de alguien que no habíamos visto hasta entonces.

Tres espíritus igualmente jóvenes pero distintos: el espíritu de la noche se rompió al amanecer, pero el espíritu de aquellos jóvenes sigue conquistando; porque no todo son odios y mentiras, también la cordialidad y la amistad imperan entre los hombres, y un tercer espíritu, el de Jesús, encuentra un lugar: «allí donde dos o más se reúnen en mi nombre, allí estoy Yo».

María Amalia MATO

JUERGA SANA

Un acontecimiento como el que tuvo lugar en Santiago constituye en sí mismo una grandísima experiencia, pero ésta se desgaja en una multitud de pequeñas vivencias todas igual de importantes y enriquecedoras.

Siendo las personas muy diversas, algunos se maravillan ante cosas por las que otros pasan indiferentes. En este caso, tuve yo la fortuna de sentirme gratamente impresionado ante el ambiente festivo que, durante mi es-

tancia en Santiago, respiré. Es precisamente a este aspecto de mi experiencia al que quiero dedicar estas líneas.

Cualquiera que lea el título de estas reflexiones probablemente las considere, sin más, banales y, así, las desdeñe pensando que únicamente recogen las migajas de todo gran evento. Y sin embargo, bajo su apariencia superficial se esconde algo con un gran sentido.

Cuando partimos, se nos facilitó un detallado programa. En él había concesiones al tiempo libre (los organizadores lo habían llamado «Tiempo para el encuentro de la Juventud»). Era el tiempo para la diversión, aquellos momentos que seguirían a los de recogimiento, las actividades «extraespirituales».

Ahora bien, el panorama era algo desconcertante. Existía una inicial contradicción en todo el planteamiento: el encuentro iba destinado a la juventud (con todo lo que ello significa, imprudentes, impetuosos, irreflexivos, precipitados, y demás tópicos acertados), además de actuar como agravantes ciertas circunstancias concurrentes en el acto: época estival, con su descontrol horario, y el clima sugestivo para todo menos el recogimiento. Y en el lado opuesto, el sentido del encuentro con un significado profundamente místico, austero, religioso.

Como siempre, no faltó el oportunismo y ánimo de zaherir en ciertos periódicos, cuyos fieles periodistas emprendieron una cruzada para derribar toda la ilusión creada en torno al Encuentro. Denunciando en sus grises páginas este pequeño contrasentido, profetizaron que asaltaríamos Santiago, convirtiéndola por unos días en improvisada discoteca, abandonándolo finalmente arrasado.

Pues bien, ocurrió todo lo contrario. Demostramos que se puede ser joven y cívico a la vez; que sabemos compaginar perfectamente diversión con reflexión, disciplinando nuestro ánimo para no hacer primar lo uno sobre lo otro, disfrutando de una forma sana y saludable. Ocurrió, pues, que cerca de medio millón de jóvenes nos juntamos en Santiago y la ciudad acabó tan limpia y ordenada como la encontramos.

La atmósfera que inundó el encuentro era pura, diáfana auténtica; nada que ver con lo que estamos acostumbrados en discotecas. No resultaba en modo alguno afectada: no era lugar para apariencias, ni barnices ajenos a uno mismo. Nadie desentonaba ni se reservaba el derecho de admisión a personas o grupos.

El ambiente se podía respirar a pleno pulmón; inhalando cordialidad, amistad, calor y expulsando una alegría incontenible. Nuestra bandera era blanca y nuestro talante abierto. Un mismo Padre nos hacía sentirnos más unidos que nunca, experimentábamos gran familiaridad entre nosotros.

Una guitarra y algunas canciones aprendidas se convirtieron en instrumento y cauce por el cual exteriorizábamos nuestro sentir. Fiel testimonio de este gozo lo ofrecían nuestras doloridas manos y las cuerdas vocales casi destensadas por la forzada marcha a la que las sometíamos, quizás sabedores de la brevedad de la experiencia; aquello era un desesperado intento de exprimirla hasta el límite, alargando su corta vida.

Bienvenido Santiago al mundo de mis mejores recuerdos.

Eduardo MUÑOZ DE DIOS

«ACOMPAÑANDO A LA LUNA»

La estancia en el monte fue realmente emocionante. ¡Cuánta gente junta! Cartas distintas, todas nuevas, de diferentes países y de las más variadas culturas. Se daban ganas de conocerlos a todos, de hablar, reír, preguntar. Parece mentira, me hubiera costado poderlo creer: todas esas personas movidas por una sola: el Papa. Un hombre, como nosotros, que apenas muchos lo conocíamos; sí, lo habíamos visto en la «tele» prestándole alguna vez atención, pero nunca habiéramos pensado que íbamos a hacer un viaje, más o menos largo, más o menos cansado, para escuchar sus palabras en un monte en plena intemperie, con tanta gente desconocida y fuera de nuestro ambiente habitual.

Me gustaría saber realmente los distintos motivos que nos movieron a los que estábamos allí para correr semejante aventura. Aunque no es cosa de pensársela dos veces: «Esto sólo ocurre una vez en la vida»; idea que seguro que estaba en todas las mentes.

El hecho es que estábamos allí, por unas o por otras razones y estábamos a gusto. Una extraña sensación jamás sentida estaba dentro de mí. Algo así como una mezcla de felicidad y satisfacción al ver tanta gente verdadera. «En el mundo hay mucha gente buena, más de la que se cree».

La manía que hay de generalizar no hace creer cosas falsas; no es verdad que la «gente joven» sea un borreguillo de los mayores. Las drogas, la delincuencia son otra cara de la otra juventud, que a desgracia nuestra, es la que más se ve. Y luego cuando cosas como esta convivencia del Monte del Gozo ocurren, y no sucede «nada», la gente se extraña. ¡Tantos jóvenes toda una noche sin prácticamente vigilancia!

Sí, extraño. Pero ¡cierto! Pero no jóvenes cualquiera, sino jóvenes con un objetivo común a los que el frío de aquella noche era un estorbo secundario, porque prestaron su jersey o hasta su saco de dormir, porque tenían un corazón caliente.

Algunos no quisimos dormir: el día había sido agotador igual que los anteriores, pero aquello habría de ser inolvidable. Se formaron corros y la música o el fuego hicieron de grandes lazos de unión. Allí no hacían falta presentaciones, uno se arrimaba a donde fuera y siempre era bien acogido; ya no había sueño.

Se veía, desde alguna colina, cómo a pesar de los potentes focos y la niebla, había gente que dormía como podía. Dos espíritus distintos corrían por todos los cuerpos, pero cada cual más meritorio. Y un tercer espíritu nos despertaría de aquel «sueño» la mañana siguiente para participar de la misa. En realidad una verdadera misa se había celebrado la noche anterior: los motivos que nos había llevado habían salido a la luz y el objetivo se había cumplido.

María Amalia MATO

NUESTROS AMIGOS LOS ITALIANOS

Nos los encontramos el primer día de nuestra llegada a Santiago, allí mismo, en la plaza del Obradoiro, frente a la Catedral, después de la primera misa a la que asistimos. Ellos vinieron a nosotros, a conocernos, enseguida hicimos amistad y quedamos en encontrarnos al día siguiente. Era un pequeño grupo de italianos, muy alegres y bien organizados, parte de una gran asociación religiosa que está extendiéndose por todo el mundo: la Comunidad de San Egidio.

Nos explicaron detalles del funcionamiento de esta Comunidad y nos invitaron a conocer algo de ella, mediante pequeñas reuniones religiosas que ellos suelen hacer todas las tardes y perfectamente organizadas por ellos mismos.

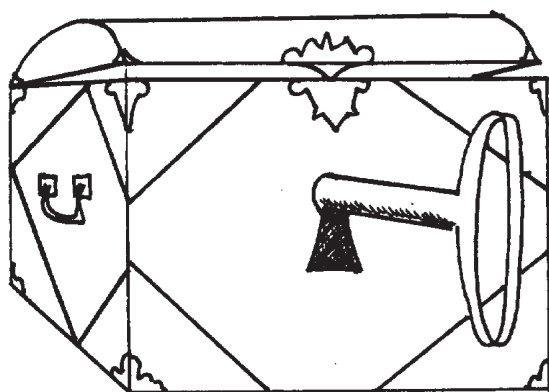
La Comunidad fue creada en 1968 en Roma por un grupo de jóvenes estudiantes que pretendían escuchar juntos el Evangelio y, sobre todo, ponerlo en práctica mediante una acogida humana a todas las víctimas de la segregación urbana. Poco a poco la Comunidad ha ido creciendo hasta contar hoy con casi 5.000 miembros, de todas las edades, especialmente jóvenes, repartidos en otras ciudades italianas, belgas y alemanas.

Incluso en España, concretamente en Madrid, ya se ha formado, tras la visita del Papa, otro grupo de jóvenes que, con los mismos ideales, acogen semanalmente a niños del Barrio de Pan Bendito para mantener con ellos un contacto fraterno y familiar del que carecen muchos de ellos.

Esta es una labor común a todos los jóvenes, alentada por el Papa, que debe articularse por todo el mundo para llegar a formar una gran comunidad unida por el mismo ideal: el amor por los pobres y el Evangelio, pero no en solitario, sino en fraternidad.

La gran experiencia de nuestro encuentro con los jóvenes italianos ha sido un eslabón más para ello, ya que continuarán añadiéndose a éste muchos otros más para formar una gran comunidad de todos y para todos. Y el viaje del Papa a Santiago de Compostela es la prueba de ello.

Lydia NAVARRO VILLANUA



Vivencias

“... Creo que somos unos privilegiados por haber estado esos días en Santiago y haber compartido esas vivencias. Y, como minoría privilegiada debemos continuar nuestra obra y ser un poco como «mensajeros» de la Palabra de Jesús, transmitiendo lo que aprendimos a aquellos que, por cualquier circunstancia, no pudieron asistir a la Jornada Mundial de la Juventud en Santiago de Compostela...”

Noemí GONZALEZ P. DE VILLAR y Ana SORLI VALERA

“.. El momento cumbre fue la noche que todos pasamos en el Monte del Gozo, el Papa se dirigía a nosotros y... a pesar del frío, el sueño y el cansancio, la gente recibía sus palabras con el mayor silencio y recogimiento posible, sin oírse en absoluto nada más que su cálido mensaje...”

“... Debemos luchar por las inquietudes que nos preocupan a todos. Tenemos el apoyo, como se demostró en Santiago, del Papa, de todos los jóvenes, de nuestros guías espirituales, de nuestros padres y de las personas que ni siquiera nos conocen. Algo en Santiago nos hizo darnos cuenta de que todos somos iguales, de que si queremos tener un mundo mejor, lo debemos hacer nosotros mismos. En nosotros debe estar la fortaleza y la lucha por conseguirlo. Nos debemos a los demás, a nosotros mismos y a Dios...”

M.^a Luisa LANDA ALONSO

“... Lo más sorprendente es que teníamos, sin saberlo, un objetivo común, que, además de asistir al encuentro con el Papa, queríamos vivir «algo» grande, el cristianismo. Para mí este encuentro fue una llamada de atención, porque el Papa confía en nosotros y sus palabras fueron de esperanza para que sigamos luchando por construir un mundo mejor, pero comenzando por el ambiente que nos rodea. Y ese mensaje de encontrar en Cristo el Camino, la Verdad y la Vida, lo lanzaba a todos los jóvenes de todo el mundo. Miles de jóvenes unidos por lo mismo: Jesucristo, ¡qué impresionante!...”

“... En Santiago lo más importante no eras tú, sino la persona que caminaba a tu lado, que compartía tu comida. Los problemas personales estaban a un lado para dar paso a los demás, y no tenían ninguna importancia porque Juan Pablo II era portador de la respuesta: Cristo Camino, Verdad y Vida.

Mayte CUÑAT ARGUELLO

“... Todos estos días que pasamos en Santiago influyeron en nosotros de muy distintas maneras. A cada uno le pudo llegar el mensaje de estas jornadas de forma muy diversa; pero a todos nos llegó el mensaje de que la sociedad nos necesita, necesita a la juventud. Que somos el futuro de todo en lo que creemos y que, sin nosotros, todo esto por lo que luchamos puede llegar a su fin...”

“... Juan Pablo II dijo un no al egoísmo, a la injusticia, al placer sin reglas morales, a la desesperanza, al odio y a la violencia; y un sí rotundo a Dios, a la fe, al amor, a la paz, a la solidaridad con todos. Resumiendo, dijo un sí al deseo de construir una sociedad mejor. Vosotros sois el futuro, nos decía, los que podéis cambiar este mundo lleno de conflictos tan estúpidos como el del Líbano...”

Javier LEGARCEGUI IBAÑEZ

“... Allí en Santiago me di cuenta de que entre la juventud hay mucho optimismo, ganas de compartir y de vivir también para los demás. El Papa insistió en ello, decía que tenía puesta toda la esperanza en nosotros, los jóvenes. Eso es lo que yo vi allí en el Monte del Gozo y creo que es casi imposible que esa esperanza se pierda porque son muchos los jóvenes que se preocupan por el mundo...”

Amelia APARICIO GUERRERO

“... Juan Pablo II fue exigente pero apasionante en su discurso. Nos vino con un programa de evangelización, nos pide que contestemos a la vocación que Dios tiene preparada para cada uno y que renunciemos a la tentación del poder del dinero...”

Gema TOBAR

“... Nos unía un sentimiento de compañerismo por el simple hecho de estar allí, en Santiago, y aquello constituyó la comprobación de la fe que aún existe en la juventud, de que todavía en nuestros días las palabras de Cristo siguen teniendo efecto, y que existe una parte del mundo preocupada por vivir como un verdadero cristiano...”

Susana Claudia CANALS DE CORRAL

“... El viaje a Santiago provocó en mí una inquietud que me ha servido para profundizar en la fe y para saber que mi testimonio es la mejor forma de evangelización. Fue una experiencia tan increíble que puedo decir, felizmente, que me ha cambiado...”

Daniel ESCODA VILLACORTA

“... Para mí lo de Santiago ha sido algo importante, y es que lo de ser cristiano «me va»...”

Juan LARIO

Reflexión sobre el encuentro

Se me piden un par de folios para narrar mi experiencia como ponente laico en una mesa redonda en relación con la visita de Juan Pablo II.

Debo decir que a mí hablar ya no me pilla de sorpresa —hablo, ay, demasiado—, lo que me molesta es que todo (incluso las manifestaciones de adhesión más fervorosas) pase tan rápidamente como las palabras mismas, y, en consecuencia, he temido en Santiago ser fugaz e inconsistente como la masa misma, y tan verbilocoaz como carente de presencia testimonial, a la larga escandaloso antiejempro: Por la boca muere el pez hiperlocaz, y por las manifestaciones sin ortopraxia muere, lo que en alguna ocasión fuera olor de multitudes.

Añadiré que me he sentido muy cómodo entre grandes intelectuales y gentes de mucha cultura, pero he recordado precisamente por contraposición no haberme sentido tan a gusto en mis encuentros con agnósticos y con ateos. Quizá a mí lo que me pida mi condición de intelectual sea no tanto el regodeo con los gentiles sino el amor a los paganos, estudiar más para tender más puentes dialógicos, esforzarme en orden a la reconstrucción de las zonas de sensibilidad fraterna adormecidas. Cuando, desde esta misma perspectiva, miraba yo hacia las masas de jóvenes tan cordiales entre sí me preguntaba si serían tan majas y acogedoras con las gentes de filiación religiosa e ideológica opuesta.

En la residencia donde fui alojado no nos faltaba nada a los invitados, quizá los jóvenes no pudieran decir otro tanto en aquellas tiendas de campaña tan humedecidas por el clima gallego, es cierto. En todo caso, sólo los auténticamente pobres no se desplazan, no peregrinan (quien peregrina

tiene una fuerza, la del peregrinaje, que le rescata de la total mendicidad). Me preguntaba por todo ello si una Iglesia tan acomodada (incluso en sus incómodas tiendas de campaña) puede decir una palabra salvífica a los que callan, y ofrecer algún bálsamo a los que sufren especialmente.

Para un alma exigente las cosas no tienen la misma densidad que para un alma laxa. Para un intelectual exigente (y exigente no quiere decir ser más puro ni siquiera pecar menos) todo espectáculo dominado por la síntesis corre el riesgo de no resultar suficientemente atractivo: fue mi caso durante mi breve estancia en Santiago. Buscar la antítesis por la antítesis tampoco sería cristiano, pero, a decir verdad, todo aquello de Santiago tenían aún aspecto demasiado dulzarrón, acaramelado, hasta el exceso: demasiado para quien hace mucho tiempo que no gusta de las golosinas. La vida no es un caramelo para los horas de asueto. Y hay clases sociales demasiado rosas, excesivamente blandas, preocupantemente entregadas a la vida muelle: ¿podrán ellas entender lo que es el Evangelio?

Eché de menos en las tierras gallegas a los profetas tonitronantes. Evidentemente, yo no me veía tan acaramelado ni tan profético: me sentí una vez más acosado por la mediocridad nacida de mi propio interior.

Finalmente, no voy a negarlo, siempre he sospechado de la psicología de masas, y esta vez me he acordado demasiado de la crítica de Maurice Nédoncelle al respecto. Quizá sea que un filósofo a veces esté excesivamente castrado para el gozo de lo común. Recuérdese que los primeros filósofos ni compraban en el mercado, ni

vendían: simplemente miraban los pobres.

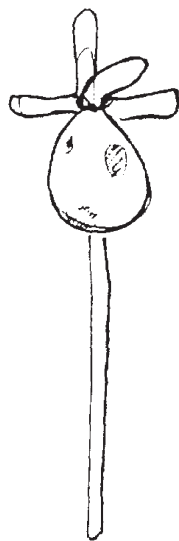
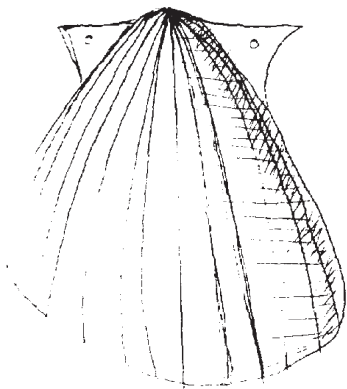
No quisiera, empero, dar una impresión catastrofista. Todo lo que hace el ser humano resulta siempre limitado, y lo mismo tenía que ocurrir en esta ocasión. Estoy seguro, en todo caso, de que en esta misma revista habrá testimonios tan entusiasmados y tan entusiasmantes, por otra parte tan reales y verdaderos para sus narradores, que ellos mismos se encargarán de situar en su verdadera dimensión y contrapunto mis palabras acaso sesgadas. Valgan éstas, en todo caso, como testimonio minoritario desde la otra perspectiva: la de un hombre que fue a hablar para dar testimonio de la plenitud supuesta de su lleno y volvió más vacío. Es, en todo caso, la paradoja de la historia de la humanidad: ella muestra que no siempre ganan los que más hablan, ni tienen menos que decir los que más callan.

Por último, diré que me resultó muy grato saludar a muchos buenos hombres en Galicia: a Helder Cámara, entre otros.

Sea, en todo caso, este brevísimo testimonio un botón de muestra necesario; gracias a él puede hacerse presente un hecho que deberíamos reconocer en nuestra vida con más fluidez: el hecho de que sólo Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida. Mientras tanto, vivimos entre una selva de encrucijadas peligrosas, decimos medias verdades, y vivimos al margen de la plenitud.

Pero ahí estamos. Vamos a ver si lo hacemos cada día mejor: el día aún no ha terminado, y todavía no ha llegado la caída de la tarde.

Carlos DIAZ



Ser Peregrino

¿Qué buscáis, peregrinos? La pregunta que nos hacía la Encrucijada de los caminos no consigo olvidarla. Sí, ¿qué buscábamos?, ¿por qué buscábamos?, ¿a quién buscábamos? Son interrogantes a los que necesito dar respuesta. No debo, no puedo continuar mi vida como si esas preguntas no fueran para mí; y quizá la respuesta que busco está en el encuentro de Santiago...

Si ahora me preguntan, ¿qué tal en Santiago?, todavía me emociono y recuerdo aquellos días como momentos auténticamente gozosos y plenos que han quedado grabados en mi corazón. Pero me da también miedo pensar que todo puede reducirse a un recuerdo grato que pase a engrosar una página más de nuestro anecdotario veraniego puramente sentimetaloide.

¿Qué buscáis, peregrinos? Allí estaba la palabra: peregrinos. Nos habíamos convertido en peregrinos. Sí, casi me atrevería a decir que salimos de Madrid como simples turistas y llegamos tan sólo cuatro días más tarde al Monte del Gozo como peregrinos.

Fuimos peregrinos porque aprendimos a compartir lo que teníamos, porque supimos renunciar a algunas comodidades y nos atrevimos a pasar unos días cargados con un macuto, un saco de dormir y la incógnita de lo que iba a suceder, porque no dejamos perder ni un instante de aquellos días, porque casi sin darnos cuenta

cada cosa que hacíamos tenía un sentido, porque vivimos momentos de duda y de esperanza, porque terminamos caminando juntos...

Y siendo peregrinos descubrimos la grandeza de las cosas sencillas, la paz interior que da encontrarse con uno mismo y con Dios en la oración, la felicidad de saberse llamado a algo grande e infinito, que nuestra alegría crecía a medida que vivíamos el don de la gratuidad y el servicio a los demás, que cuando somos auténticos y abrimos nuestro corazón de par en par todo nos sonríe. Notamos desde el primer momento que nos unía algo muy especial, que lo que estábamos viviendo no era un verano como otros y, lo más importante, sabíamos que esto no podía quedarse en una experiencia más.

Como peregrinos asumimos nuestra condición de caminantes, pues ser peregrino no es una situación pasajera, sino que es una opción, un estilo de vida. Y por ello asumimos un reto, un maravilloso reto: comprometernos activamente en la evangelización del mundo contemporáneo. Es una tarea fascinante, pero enormemente difícil, ya nos lo adelantó el Papa al comentar el sentido del encuentro: «será una ocasión para manifestar, que frente a los problemas del mundo, los jóvenes cristianos no se quedan pasivos, sino que están decididos a afrontar las dificultades».

¿Qué buscáis, peregrinos? Buscamos el modo de comprometernos más con nuestro mundo, de cambiar las estructuras que aplastan y encadenan al hombre, de darle sentido a la vida, de ofrecer razones para vivir y razones para esperar... Pero, ¿cuál es ese modo?

«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida». Cristo es la respuesta a nuestra búsqueda. El que se pone en su camino, el que acepta su llamada: «ven y sígueme», el que da su vida por El, experimenta tal cambio que se convierte en transformador eficaz y radical del mundo, en constructor de la nueva civilización del amor.

Nosotros encontramos a Cristo en Santiago, fuimos «tocados» en nuestro corazón por El. Hemos sido llamados a seguir Su camino.

Por eso, ¡ojalá! ocurra como dijo el arzobispo de Santiago tan elocuentemente: «a vuestro regreso de Santiago, como los de Emaús, los peregrinos contaréis lo que os ha pasado en el camino y cómo reconocisteis a Jesús. Y lo contaréis más que con las palabras, con las obras y la vida». ¡Ojalá! seamos capaces de transmitir lo que hemos vivido y de llevar a Cristo a los demás. ¡Ojalá! que quienes nos vieron puedan decir que con nosotros, con nuestro grupo, está Dios.

Elena
MORENO SALAMANCA

«El encuentro en Santiago ha sido un excepcional testimonio de fe protagonizado por miles de jóvenes provenientes de todos los continentes, un momento intenso de evangelización. En Santiago, una vez más la Iglesia ha mostrado al mundo su rostro joven, lleno de alegría, de esperanza y de entusiasmo en la fe. El acontecimiento de Santiago ha sido un gran don para toda la Iglesia, me atrevería a decir que para toda la sociedad, del que siempre daré gracias al Señor».

JUAN PABLO II: Mensaje a los jóvenes y a las jóvenes del mundo con ocasión de la V Jornada Mundial de la Juventud, 1990

El Papa anuncia la próxima Jornada Mundial de la Juventud

En el Mensaje del Papa con ocasión de la V Jornada Mundial de la Juventud 1990, Juan Pablo II nos comunica que «deseo invitaros a todos a un redescubrimiento de la Iglesia y de vuestra misión en ella, como jóvenes».

El tema que el Papa ha elegido para la próxima Jornada Mundial de la Juventud 1990 es: «Los jóvenes redescubren el misterio de la Iglesia». Está recogido en las palabras de Cristo: «Yo soy la vid; vosotros los sarmientos» (Jn 15,5) que expresan el núcleo del misterio de la Iglesia, sacramento de Cristo que vive y actúa entre no-

sotros. El Papa espera que esta Jornada sea para los jóvenes una llamada a profundizar en el conocimiento de la Iglesia y a comprometerse activamente en ella.

La Jornada Mundial de la Juventud 1990 se celebrará el Domingo de Ramos. La celebración será a nivel diocesano, es decir, no se organizará ningún encuentro mundial de jóvenes como el de Santiago. Sin embargo, Roma, en donde la celebración estará presidida por el Papa, siempre está abierta para acoger a los jóvenes peregrinos.

«La Iglesia tiene tantas cosas que decir, tantas cosas a los jóvenes, y los jóvenes tienen tantas cosas que decir a la Iglesia. Este recíproco diálogo —que se ha de llevar a cabo con gran cordialidad, claridad y valentía— será fuente de riqueza y de juventud para la Iglesia...»

JUAN PABLO II:
Christifideles Laici
(n. 46)

Después de este maravilloso e inolvidable viaje a Santiago de Compostela, los que estuvimos allí queremos haceros partícipes de nuestra inmensa felicidad. Queremos abrir los horizontes para que otros jóvenes, vosotros los que no pudisteis estar allí con el Papa y con nosotros, os animéis a que nuestros ideales tomen forma teniendo como guía y líder a Cristo.

El amor y el cariño ha surgido entre este grupo de chicos y chicas en el que yo he tenido la enorme y privilegiada suerte de estar y convivir.

Doy gracias a Dios por haberme dado la oportunidad, esta oportunidad,

de haber estado y participado en la IV Jornada Mundial de la Juventud. Ha sido estupendo. Hemos compartido todo, y al decir todo me refiero a compartir desde un par de calcetines hasta nuestra alegría por vivir. Esto lo mostrábamos principalmente en los detalles más pequeños como el cantar una canción sin buena voz o por lo menos intentarlo aun si no te la sabías.

¿Cómo transmitir esta alegría que compartimos? En verdad, todas las palabras, escritas o no, son pocas. Todo esto se necesita VIVIRLO.

Recuerdo que a la vuelta de Santiago tenía tanto entusiasmo, fuerza y vitalidad dentro de mí, como si tuviera una chispa de fuego que quisiera saltar, que intentaba recordar hasta los más mínimos detalles de alegría y contárselos a mis padres, a mis amigos, a todos...

Pero resultaba tan difícil. Había que haber estado allí para sentir lo que yo sentía. Y con esto no quiero decir que ahora y aquí no se pueda sentir lo mismo. El entusiasmo por la vida y por ayudar a los demás se puede sentir siempre en cualquier sitio. Yo quiero decir que aquel ambiente que viví nunca antes lo había encontrado y es una medicina que os recomiendo a todos. Nosotros hemos formado un grupo increíble, «genial». Los unos a los otros nos hemos devuelto la alegría, la esperanza y hasta la ilusión por mejorar, por hacer algo que merezca la pena por pequeño que sea como es esto de realizar una revista para compartir nuestros sentimientos con vosotros. Transmitamos esa alegría, esperanza e ilusión a todos aquellos jóvenes que siendo cristianos o no, se sienten tristes y acoirazados. Ayudémonos y así consigamos combatir este «egoísmo» y «violencia» de los cuales el mundo está repleto. «Pasemos del pasotismo» y demos la vida al mundo. No hagamos de esta sociedad una sociedad angustiada.

El Papa cree en los jóvenes. Cree en nosotros. Tiene puesta su confianza y su fe en nosotros por lo que significamos, por lo que representamos. Somos el presente y el futuro de este mundo al que aún le falta mejorar mucho. ¡No le defraudemos!

Gaëlle ESPESO CORVEST

**Ética y Economía:
el desafío del desarrollo en América Latina
la contribución de las Comunidades Cristianas**



Fundación Universitaria Instituto Internacional
San Pablo CEU Jacques Maritain

De excepcionalmente importante y notablemente exitoso —por la cualificación de los participantes y por las tesis o conclusiones propuestas a debate— hay que calificar el SEMINARIO INTERNACIONAL, organizado conjuntamente por el Instituto Internacional Jacques Maritain (Roma, Via Quitino Sella, 33) y por la Fundación Universitaria San Pablo CEU, celebrado en Madrid los días 29-30 de noviembre y 1 diciembre.

Recogemos las palabras de Mons. Jorge Mejía en la Sesión de Clausura (extracto):

«El Pontificio Consejo "Justicia y Paz" publicó en 1987 un documento sobre la deuda internacional, que es precisamente fruto de una reflexión ética sobre un problema económico, quizás uno de los más difíciles problemas económicos con los cuales el mundo de las dos últimas décadas del siglo se ha visto y se verá enfrentado.

Este documento ha abierto (como era su intención) un intenso diálogo multilateral y pluridisciplinar (político, económico, financiero, social) del cual se pueden percibir los

ecos, más o menos implícitos, hasta en el plan Brady, en los prolegómenos de la Conferencia de la Organización de la Unidad Africana sobre el tema, en Adis Abeba, en agosto del año en curso, y hasta en ciertas nuevas orientaciones del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional.

Esto es lo que el Pontificio Consejo "Justicia y Paz", o sea, la Santa Sede, puede decir sobre el tema de la deuda: mostrar las implicaciones morales de un problema que podría parecer exclusivamente económico o financiero, o a lo sumo político. Hacer entrar, en suma, el tema moral en el seno de una cuestión de capitales, tasas de intereses, destino de los fondos bancarios, inversiones, consecuencias de las exigencias del contrato, movimiento de las finanzas internacionales. Tema moral que ha estado desde siempre presente en los contratos de préstamos a interés privado, pero que se ha ido parcialmente oscureciendo (incluso en el ámbito privado) con el prevalecer de la pura técnica económica, y peor aún, gracias al divorcio entre conducta moral personal y práctica o ejercicio de la economía y las finanzas. Con la mundialización de la una y de la otra (donde precisamente se plantea, a la escala actual, el problema de la deuda), y la consiguiente tecnificación e informatización, la moral y la ética pertenecían, o hacían figura de pertenecer, a otro mundo.

Nuestro documento ha hablado de "responsabilidades compartidas" o de "co-responsabilidad". Esta es la dimensión moral hecha presente, no sólo en el plano estrictamente legal (que, como es sabido, en el ámbito internacional, es práctica, cuando no técnicamente, inaplicable), sino en el plano de las decisiones que cada uno de los protagonistas, bancos comerciales, instituciones multilaterales, estados acreedores y deudores, están llamados a tomar, y que no se reducen simplemente a pagar o reestructurar o proclamar la moratoria: todo lo cual, por otra parte, no sería estrictamente hablando, ni moral, ni menos aún, co-responsable...»

* El texto de las ponencias será publicado en la revista *Notes et Documents*, que publica el Instituto Internacional Jacques Maritain. Una colección de documentos clasificados por países, está a disposición en el Servicio de Publicaciones de la Fundación, calle Julián Romea, 20.





II CONVERSACIONES DE MONTEPRINCIPE

La ACdP y la Fundación Universitaria San Pablo CEU convocan de nuevo a cualificados hombres de pensamiento para reflexionar acerca de la

CULTURA CRISTIANA Y ACCION POLITICA

Es el intento de examinar la realidad cristiana en su entorno multicultural y político.

Estas II Conversaciones de Montepríncipe se celebrarán los días 26 y 27 de abril de 1990 en los locales del Colegio San Pablo CEU, en Montepríncipe/Boadilla del Monte.

Han sido invitados como Ponentes: Don José María García Escudero, Letrado de las Cortes y Periodista, que en la sesión introductoria planteará las líneas generales de la interrelación Cultura Cristiana-Acción Política. La ponencia acerca de los aspectos teológicos correrá a cargo de Don Luis González-Carvajal Santabárbara. La ponencia acerca de los aspectos políticos será tratada por el Profesor Roberto Gatti, Prof. de Filosofía de la Universidad de Perugia/Italia.

Las tres sesiones de estas II Conversaciones de Montepríncipe serán presididas por Don Alfonso Ibáñez de Aldecoa, Presidente de la ACdP y de la Fundación Universitaria San Pablo CEU, por Don Abelardo Algorta Marco, Director General de la Fundación Universitaria San Pablo CEU

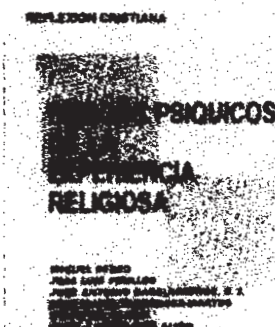
y por Don Landelino Lavilla Alsina, Consejero Permanente de Estado.

Actuarán en ellas como Comentaradores: Don José Luis Ruiz Navarro y Don Federico Rodríguez Rodríguez; Don Teófilo González Vila y Don Raúl Vázquez Gómez; Don Iñigo Cavero Lataillade y Don Manuel Otero Novas.

FONDO BIBLIOGRAFICO CEU

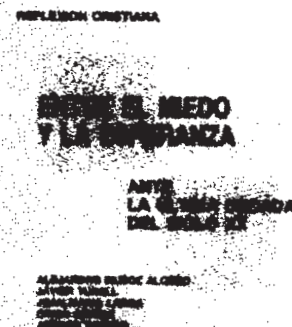
Ultimos títulos publicados:

- BIOTECNOLOGIA, Fernández Sousa-Faro.
- EN TORNO A LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA, Tusell.
- EL PENSAMIENTO FILOSOFICO-PEDAGOGICO DE JACQUES MARITAIN, Cruz Hernández/Millán Puelles y otros.
- ¿TIENE SENTIDO LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD? J. M. Laboa y otros.
- LOS CATOLICOS SEGLARES EN LA VIDA SOCIAL ESPAÑOLA DE NUESTRO SIGLO, M. Espadas/J. Tusell y otros.
- PAZ Y DISUASION NUCLEAR, A. Viñas/J. L. Pinillos y otros
- MANIPULACION GENETICA Y MORAL CRISTIANA, J. R. Lacadena, D. Gracia y otros



COLECCION TEMAS 5

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU



COLECCION TEMAS 6

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU

Se concederán dos premios (de 15.000 y 10.000 pesetas, respectivamente) entre los lectores que envíen las respuestas correctas de los dos pasatiempos del presente número, antes del 31.V.1990.

Las cartas deben dirigirse a:
SERVICIO DE PUBLICACIONES

Fundación Universitaria
San Pablo CEU
C/ Julián Romea, 20
28003 MADRID

ESCALERA DIABOLICA

Pedro Ocón de Oro



NUMEROGRAMA

Pedro Ocón de Oro

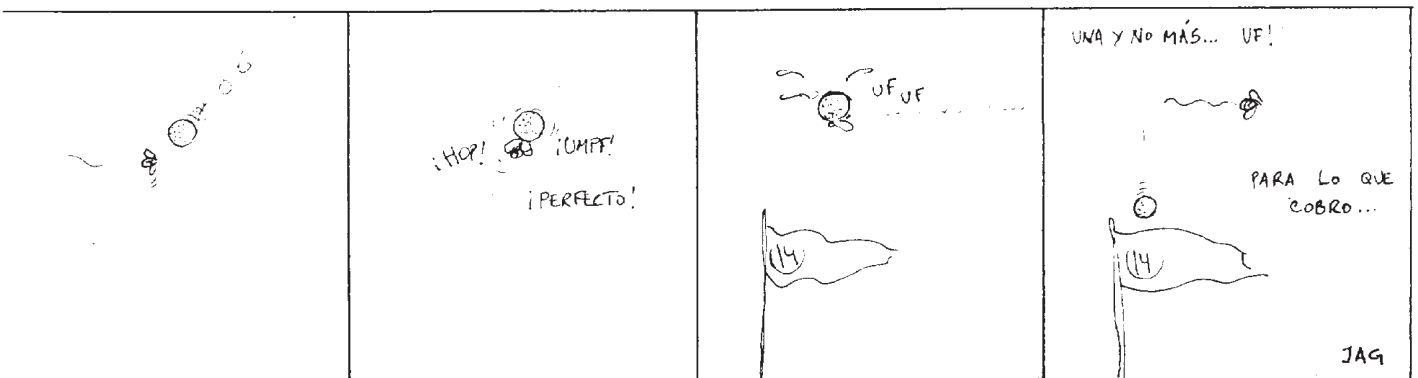
6	+		:		=2
x	●	+	●	+	●
	x		+		=8
:	●	+	●	-	●
	x		-		=2
=4	●	=8	●	=4	●

Colóquense en las casillas en blanco las cifras necesarias para que, haciendo las operaciones que indican los signos, los resultados horizontales y verticales sean los que ya figuran en el cuadro. (Puede admitir más de una solución correcta.)

MODO DE RESOLVERLO.— Con las letras contenidas en la figura se forman las palabras cuyas definiciones, sin guardar un orden, se dan a continuación. Cada palabra, de número variable de letras, se forma de arriba abajo, uniendo cada letra con una de las dos que están inmediatamente debajo de ella, de forma que las palabras queden en escalera y en zig-zag. (Para ayuda se pone un ejemplo subrayado.)

DEFINICIONES.— Bandera más larga que ancha. Obra de costura, bordado, etc. Temor, sospecha, cuidado. Horizontabilidad. Ensenada. Símbolo químico del aluminio. Que tiembla. *Aceite*. Cincuenta, en números romanos. Cilindro para devanar. Matrícula de los automóviles de Oviedo. Fuerza, empuje. Modelo, prototipo de perfección. De pocas carnes. Nota musical. Pena o castigo pecuniario. Competidor. Natural de un país europeo. Fragmento o parte. Abreviatura de punto cardinal.

humor



PAGINA EN BLANCO

(PUBLICIDAD)